

# SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Noviembre 1960 ★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✦ Precio 0'70 NF - N° 814-83

## \* LEON TOLSTOI \*

EN este año de 1960 se cumple el cincuentenario de la muerte de León Tolstói. Medio siglo hace que Tolstói hombre dejó de ser, pero su pensamiento, su obra, lo que posteriormente se conocería por tolstoísmo, no ha cesado de irradiar en los hombres. Aún hoy el tolstoísmo es guía esperanzador y arsenal de ideas en el que acuden a saciar su sed de justicia cuantos han conservado un alto concepto de la dignidad humana.

La obra maestra de Tolstói fué su vida, y ésta resultó una tragedia. Tolstói fué el escultor de su propia alma; su agudo cincel escarbó despiadadamente en su yo, y de piedra que éste era se empeñó en convertirlo en oro puro. Pocos hombres han luchado más consigo mismos para alcanzar un grado superior de moralidad, a sabiendas de que jamás lograrían armonizar su vida con su pensamiento. Recordemos cuando amargamente confiesa que «es más fácil escribir diez tomos de filosofía que poner una sola página en práctica». Aquí reside la tragedia de su vida. La concepción ética que se había forjado de la existencia creó un antagonismo entre él y sus seres más queridos — esposa e hijos — que sólo la muerte logró en parte disipar.

En sus 50 años, Tolstói era el primer escritor de lengua rusa. Su fama de literato trascendía las fronteras de su país. Poseía salud y riquezas, una esposa amada e hijos adorados. Tenía cuanto el hombre puede desear para ser feliz. Y he aquí que el artista que engendró vida a manantiales manifestó desdén por ella. Un angustiado temor a la muerte se apoderó de este ser robusto y vigoroso. Tolstói sufrió una profunda crisis espiritual que le condujo al misticismo, resultando patética la adjuración que Turguenev le envió desde el umbral de la muerte: «Vuelva a la literatura, por ser su verdadera vocación. Gran escritor de nuestra tierra rusa, escuche mi llamada.» Aquí se interrumpió este apremio, pues las fuerzas le faltaron a Turguenev para proseguirlo. Ignoramos si tal era la verdadera vocación de Tolstói. Lo que sí podemos afirmar es que a partir de aquí germinará el tolstoísmo al que dió pie el autor de «Resurrección».

De aquella época data una hoja manuscrita en la que entre otros

pensamientos hallamos: «¿Cómo debo vivir? ¿Qué es la muerte y cómo me salvaré? ¿Qué sentido tienen mi vida y las de los demás? ¿Qué significa esta distinción del bien y el mal y por qué la misma existe en mí? Hallar una respuesta al cómo debo vivir fué la preocupación máxima de Tolstói y a la que dedicó el resto de sus años.

dad, le enfrentaron con la Iglesia, a la cual Tolstói atacó en nombre mismo de las doctrinas que ella sostiene. La obra demolidora de Tolstói se había iniciado. Después de la Iglesia, el Estado sería objeto de una crítica acerada de la que ya jamás se recuperará. Igual combate contra la propiedad privada, en el que, con frecuencia, sobrepasará a la cri-

nedor de la desigualdad, el germen de todas las injusticias.

El aspecto más original del pensamiento tolstoiano es su interpretación de las enseñanzas evangélicas. El tender la mejilla izquierda si se nos abofetea la derecha, convirtiéndose en la mente de Tolstói en la «no resistencia al mal», arma ésta muy difícil de esgrimir por exigir pureza de intenciones y espíritu de sacrificio poco común en los hombres. Ya dijo Pablo de Tarso: «El espíritu es ágil, la carne es débil».

Boicotear al mal significó, para Tolstói, combatir a éste resistiéndole por todos los medios. Tomando un ejemplo de lo que él mismo consideraba la personificación del mal: el Estado, dirá: «Evitar toda participación en él y abstenerse de cumplir la obligación que no esté en armonía con nuestro sentido cristiano del bien». Tolstói creía que sólo podría operarse un cambio profundo en la sociedad cuando los hombres realizasen su propia revolución moral. Es renunciando al afán de poder y de riquezas que lograremos la felicidad completa.

Tolstói, por su obra, su vida y su palabra, fué el padre de la revolución rusa. No es creíble que sólo los teóricos políticos y los agitadores sean quienes provocan las revoluciones. Estos manipulan masas engendradas, criadas y forjadas por los poetas, los artistas y los pensadores que trazan los horizontes ideales hacia los cuales se encamina la humanidad.

Con la revolución rusa se cumplió una vez más la inexorable ley de toda revolución; ésta mata siempre a sus mejores hijos. Los triunfadores destierran a los revolucionarios. Tolstói fué enemigo del Estado y hoy su patria se ve subyugada por la forma de Estado más aplastante que mente humana haya jamás podido concebir. Fué enemigo de la violencia, y vemos que ésta rige el mundo. Quiso sembrar el amor entre los pobres, y en éstos crecen cardos y espinos. Enseñó que en la sencillez hallaríamos la felicidad, y día tras día nos creamos más necesidades negándonos este suerte de felicidad. ¿En dónde hallará sosiego el hombre moderno, en el pensamiento de Tolstói o en el histerismo de la vida colectiva presente?

SOL PASAMAR



Tolstói, visitado por A. Chejov y M. Gorki

Para hallar un sentido a la vida y una explicación a la muerte se entregó al estudio de las principales filosofías. Ni los filósofos ni la ciencia lograron acallar sus inquietudes. Defraudado, dirigió su angustiada mirada hacia las religiones, en las que, faltó de una certeza, trató de consolidar su fe. Fué el estudio profundizado de la Biblia y de los Evangelios que le revelaron la contradicción en que se desarrollan los que se llaman discípulos de Cristo. Su espíritu crítico, y sobre todo su amor por la ver-

dad, le enfrentaron con la Iglesia, a la cual Tolstói atacó en nombre mismo de las doctrinas que ella sostiene. La obra demolidora de Tolstói se había iniciado. Después de la Iglesia, el Estado sería objeto de una crítica acerada de la que ya jamás se recuperará. Igual combate contra la propiedad privada, en el que, con frecuencia, sobrepasará a la cri-

nedor de la desigualdad, el germen de todas las injusticias. El aspecto más original del pensamiento tolstoiano es su interpretación de las enseñanzas evangélicas. El tender la mejilla izquierda si se nos abofetea la derecha, convirtiéndose en la mente de Tolstói en la «no resistencia al mal», arma ésta muy difícil de esgrimir por exigir pureza de intenciones y espíritu de sacrificio poco común en los hombres. Ya dijo Pablo de Tarso: «El espíritu es ágil, la carne es débil». Boicotear al mal significó, para Tolstói, combatir a éste resistiéndole por todos los medios. Tomando un ejemplo de lo que él mismo consideraba la personificación del mal: el Estado, dirá: «Evitar toda participación en él y abstenerse de cumplir la obligación que no esté en armonía con nuestro sentido cristiano del bien». Tolstói creía que sólo podría operarse un cambio profundo en la sociedad cuando los hombres realizasen su propia revolución moral. Es renunciando al afán de poder y de riquezas que lograremos la felicidad completa. Tolstói, por su obra, su vida y su palabra, fué el padre de la revolución rusa. No es creíble que sólo los teóricos políticos y los agitadores sean quienes provocan las revoluciones. Estos manipulan masas engendradas, criadas y forjadas por los poetas, los artistas y los pensadores que trazan los horizontes ideales hacia los cuales se encamina la humanidad. Con la revolución rusa se cumplió una vez más la inexorable ley de toda revolución; ésta mata siempre a sus mejores hijos. Los triunfadores destierran a los revolucionarios. Tolstói fué enemigo del Estado y hoy su patria se ve subyugada por la forma de Estado más aplastante que mente humana haya jamás podido concebir. Fué enemigo de la violencia, y vemos que ésta rige el mundo. Quiso sembrar el amor entre los pobres, y en éstos crecen cardos y espinos. Enseñó que en la sencillez hallaríamos la felicidad, y día tras día nos creamos más necesidades negándonos este suerte de felicidad. ¿En dónde hallará sosiego el hombre moderno, en el pensamiento de Tolstói o en el histerismo de la vida colectiva presente?

# CLAROSCURO

Día radiante, tarde serena.

La calle zumba alegría; la celda, rezuma pena...  
 Todo está triste en lo oscuro; en la luz, todo gozoso.  
 Por el aire van volando avecillas parleruelas;  
 himnos de amor y de vida cantando van por la calle  
 coros de traviesas niñas y de muchachos risueños...  
 En la hosquedad de la celda, quien fué Hombre  
 — vaga sombra diluida en la penumbra —  
 gime en manos de las horas  
 que, triunfantes,  
 matan vomitando tedio  
 sin cesar.  
 Los anhelos en hastío trasmutados  
 han mustiado la esperanza;  
 y su sombra  
 — en la cárcel todo es sombra, todo es sombra: hasta la luz —,  
 y su sombra, avergonzada, mudó en gris el esmeralda...  
 ¿Los amigos? Los amigos ¿dónde están?  
 Son esas parleras aves de los aires surcadores;  
 son las nubes;  
 el color de un cielo hermoso; los luceros vespertinos;  
 son los sueños  
 y el aljófara mañanero que presto el sol dispó...  
 Los amigos... vuelan lejos y no se acuerdan del preso!  
 Los amigos... pasan cerca, mas al preso no lo ven:  
 espesores de tinieblas ocultan su humanidad.

Día festivo, tarde serena.

La calle irradiaba alegría; la celda concentra pena...  
 A través de los barrotes de la reja,  
 por estrecho ventanuco inaccesible,  
 oleadas de rumores incoherentes,  
 forzadores victoriosos del silencio,  
 han invadido la celda;  
 y en la carne resignada del espíritu doliente  
 como puñales penetran  
 desgarrando...  
 Pedrada sobre cristal, se hace añicos la paciencia.  
 El olvidado no olvida.  
 Sobre la sombra, el perfil  
 de un vigoroso deseo  
 proyecta una nueva sombra...  
 Pintura de tonos vagos sobre fondo tenebroso.  
 Muerte infame  
 la del que aún vive y ha muerto...

★  
 Rumboso día, tarde riente:  
 pronto el ocaso te matará.  
 Vendrá el lucero. Mas en la celda,  
 aunque en la calle siga el cantar  
 y los muchachos de ideales Venus  
 reciban prenda de amor real,  
 el pobre preso seguirá ciego,  
 seguirá ciego y seguirá mudo  
 palpando  
 sin cesar  
 su soledad.

Día esplendente, tarde serena.

La calle es todo contento; la celda, pena que pena.

LIBERTO SARRAU

Prisión Celular de Barcelona, marzo 1952.

# PEREGRINOS DEL BUEN AMOR

A EUGEN RELGIS,

Peregrino por todos los senderos  
 con un mensaje eterno de amistad:  
 tú has plantado semillas de bondad  
 en surcos de difíciles oteros.

De la inconcreta luz de los luceros  
 colgaste un loco ensueño de equidad  
 y — ¡siempre solo en tu ancha soledad! —  
 te fuiste por caminos camineros...

Para bordar la flor de una promesa  
 has tallado un romance en tu camino  
 con perfiles de amor. Fuiste la presa

que se inmola en la pira del destino  
 llevando por airón de tu alma ilesa  
 ser peregrino, ¡siempre peregrino...!

C. VEGA ALVAREZ

# POEMAS DE QUASIMODO

## Caida entre flores

Se adivinaba la estación oculta  
 en la ansiedad de la nocturna  
 [lluvia,  
 en el vaivén celeste de las nubes  
 como ligeras cunas ondulantes...  
 Había muerto yo.

Una ciudad suspensa entre los  
 [aires  
 era mi exilio último;  
 en derredor sentía la llamada  
 de suaves mujeres de otros días;  
 la madre, a quien los años  
 [juvenecen,  
 tomando la más blanca de las

[rosas  
 con dulce mano la dejó en mis  
 [sienes.

Fuera de la ciudad era la noche...  
 Los astros recorrían  
 curvas de oro en sus ignotos  
 [rumbos,  
 todas las cosas, vueltas fugitivas,  
 lleváronme a sus ángulos secretos  
 para contarme de jardines  
 de par en par abiertos,  
 y del sentido exacto de las vidas.

Yo, en tanto, padecía, con  
 [innobles  
 ojos viendo la última sonrisa  
 de una mujer caída entre las  
 [flores.

## Antiguo invierno

En la penumbra de la lumbre  
 las lúcidas manos amadas  
 trascendían a roble, a rosas:  
 a Muerte. Invierno de antaño.

La bandada caía en el millo  
 y al punto volvíase nieve.  
 Así las palabras:  
 un poco de sol,  
 un lampo de ángel,  
 y después la niebla;  
 y los árboles y Ella y Yo  
 hechos de aire como la mañana.

## La noche se extingue

Ha muerto la noche, la luna  
 lentamente en el cielo se esfuma  
 y se deslíe en los canales.

Septiembre aún impera  
 sobre esta tierra de llanura:  
 los prados tienen la verdura  
 de los valles del Sur en primavera.

Los compañeros he dejado,  
 y el corazón entre los viejos muros  
 he ocultado:  
 mi soledad se queda a recordar...  
 [te...

Pero despunta el día  
 — ¡Ya en las piedras  
 bate el pisar de los caballos! —  
 Tú también más distante que la  
 [luna,  
 vas por la lejanía.

## Y súbito es noche

Hendido de un rayo de sol  
 todo hombre está solo  
 sobre el corazón  
 de la tierra;  
 de pronto,  
 la noche que cierra.

## Ninguno

Tal vez soy un niño:  
 los muertos le causan pavora;  
 sin embargo, a la muerte le clama  
 soltarlo de toda criatura  
 — niños, árbol, bestezuela —  
 de tantas cosas en que pulsa  
 un corazón de tristeza.

Es que no tiene ya qué dar,  
 y están las calles oscuras,  
 y ya no halla ser ninguno  
 que sepa hacerlo sollozar.

# CARACOL

Nunca podrás,  
 al paso que caminas  
 con tu lento compás,  
 saltar el horizonte  
 de las verdes colinas  
 que rodean el monte  
 de lomo de bisonte  
 y rocas cristalinas.

Arquitecto genial,  
 que habitas un palacio  
 con bóveda de calcio  
 trazada en espiral.

¡Qué graciosa estructura  
 tiene la arquitectura  
 que decora tu casa,  
 oh, frágil criatura!  
 Tu estilo nunca pasa,  
 pues es universal,  
 terrestre y marino,  
 con un rico caudal  
 de nácar y cristal  
 que no cuesta dinero.

¡Cuánta ciencia atesoran  
 tus cuernos giratorios  
 cuyos ojos exploran  
 valles y promontorios,  
 cual dos observatorios  
 que todo lo avizoran!

Tu sueño sepulcral  
 es remanso y raudal  
 donde abrevas tu vida;  
 y es linfa virginal  
 en la fuente dormida  
 de tu noche invernal.

¡Oh, viejo millonario!  
 Un tesoro de siglos  
 atrojadas en tu osario  
 cuyo origen primario  
 conoció los vestigios  
 del alto secundario.

Caminante en la tierra,  
 bogador en el mar,  
 qué bellezas encierra  
 tu imperio secular  
 conquistado sin guerra:  
 las gemas de la sierra,  
 las perlas de ultramar  
 y la selva que aterra  
 te ríen al pasar.

Pero nunca podrás,  
 por mucho que camines  
 con tu lento compás,  
 rebasar los confines  
 del cercano horizonte  
 de curva de bisonte,  
 oh, eterno peregrino,  
 que vas por tu camino,  
 en torno de tu monte,  
 sin rumbo ni destino.

## DOMINGO IGLESIAS



# EN TORNO A PIO BAROJA

## «Zalacain el aventurero»

### El elemento folklórico

LOS elementos populares y folklóricos campan por sus respetos en las novelas de Baroja. En Zalacain se nos habla ya, como hemos tenido ocasión de observar, de la taberna de Arcale, donde el picaro Tella-gorri es señor de gran estilo, (página 22), así como también de las rivalidades provinciales, que salen a luz, con dejos de verdad absoluta en Zalacain mismo, (página 100).

Baroja nos ofrece numerosas cancioncejas, escritas en vasco que, de ser traducidas al castellano, perderían todo su encanto y sencillez pristina. Más vale dejarlas tal y como son (24).

La llegada de los titiriteros al pueblo, no es sólo elemento realista de carácter popular, sino adorno necesario e indispensable en las fiestas de pueblo. Zalacain, que no tiene una perrilla, va a ver el espectáculo gratuitamente, gracias a Linda, la muchachuela de circo, que representará más tarde, papel importante en la vida de nuestro joven aventurero (cf. 25). Hemos advertido ya que Martín, que tiene novia y piensa casarse, olvida tales propósitos en brazos de la hermosa Linda, que es mujer hecha y derecha. Este episodio, como algunos otros, podrían suprimirse de la novelita, como dicho queda, sin que sufra menoscabo.

A estos episodios, un tanto circunstanciales, puede añadirse el partido de pelota en que Zalacain vence al joven Ohando (44), al que propinará, al salir de la escuela una paliza de padre y muy señor mío (15).

Las canciones vascas no se interrumpen, pero no las citaremos a fin de no quitarles el regusteo original (58, 59 y 68).

De golpe y porrazo, Baroja se pone a hablar de lo popular y nos dice: «Lloviznaba. En algunas tabernas oscuras, a la luz de un quinqué de petróleo, se veían grupos de soldados. Se oía el rasguear de la guitarra; de cuando en cuando, una voz cantaba la jota, en la calle negra y silenciosa».

«Ya me está a mí cargando esta canción estólida», murmuró Martín.

— ¿Cuál?, preguntó el extranjero.

— La jota. La encuentro como una cosa petulante. Me parece que le estoy oyendo hablar a ese viejo navarro de la posada. El que la canta quiere decir: «Yo soy más valiente que nadie, más noble que nadie, más heroico que nadie».

— ¿Y éstos no son más valientes que los demás españoles?, preguntó el extranjero maliciosamente.



— No lo sé; yo no lo creo, por lo menos...

— ¿Y qué decía usted de la gente del Ebro?

— Nada, que han decidido ellos mismos que son los únicos leales porque hablan muy en bruto y cantan la jota» («Zalacain», 100).

Digamos una vez más que, en este punto, no habla el protagonista de la obra, sino Baroja mismo, en contradicción consigo mismo como vamos a ver en breve.

Se ve, sin dificultad, que al autor vasco le molestan y atosigan los eternos tópicos de la lealtad baturra y la nobleza castellana.

páginas interminables, no siempre interesantes.

Así, al hablar de Urbía, donde vivió Zalacain, nos dice:

«En la primavera, el camino próximo al río era una delicia. Las hojas nuevas de las hayas comenzaban a verdear; el helecho lanzaba al aire sus enroscados tallos; los manzanos y los perales de las huertas ostentaban sus copas nevadas por la flor, y se oían los cantos de la malvises y de los ruiseñores en las enramadas. El cielo se mostraba azul, de un azul suave, un poco pálido, y sólo alguna nube blanca, de con-

## por J. Chicharro de León

En otro lugar, tal vez con más sinceridad que en las páginas citadas, nos dirá:

«La canción popular lleva como el olor del país en que uno ha nacido; recuerda el aire y la temperatura que se ha respirado; es todos los antepasados que se le presentan a uno de pronto. Yo comprendo que la predilección es un poco bárbara, pero si no pudiera haber más música que una u otra, la universal o la local, yo preferiría ésta: la popular» («Juventud», 23).

Si nuestro autor prefiriera la música popular, ¿por qué les niega a nuestros buenos baturricos el derecho de cantar la jota? No afirmemos de nuevo que nuestro irascible Baroja es autor de eternas contradicciones.

### Los paisajes

Sabido es que Baroja, admirador incondicional de Poe, Balzac, Dickens, Stendhal, Dostoiewski y Turguenef, por no hablar de su idolo preferido, Nietzsche, es hábil descriptor de paisajes.

El autor vasco, a pesar de su cazurrería, no carece de sensibilidad y tiene un sentido agudo del colorido. En breves pinceladas, nos dice lo que otros escritores, como Azorin, nos describirían en

tornos duros, como si fuera de mármol, aparecía en el cielo» («Zalacain», 28). ¡Cómo siento que Madariaga no haya visto la poesía que encierran las descripciones de Baroja!

Si se trata de un interior case-ro, Baroja nos lo describe con tanta rapidez como minuciosidad: «Entró en la cocina. Era ésta grande y espaciosa y algo oscura. Alrededor de la ancha campana de la chimenea colgaba una tela blanca planchada sujeta por clavos. Del centro de la campana bajaba una gruesa cadena negra, en cuyo garfio final se enganchaba un caldero. A un lado de la chimenea había un banquillo de piedra, sobre el cual estaban en fila tres herradas, con los aros de hierro brillantes, como si fueran de plata. En las paredes se veían cacerolas de cobre rojizo y todos los chismes de la cocina de la casa, desde las sartenes y cucharas de palo hasta el calentador, que también figuraba colgado en la pared, como parte integrante de la batería de cocina» (*Ibidem*, pág. 60).

Nadie ha hecho, hasta hoy, un estudio completo del paisaje en Baroja. Fuerza nos será hacerlo un día.

De momento, limitémonos a dar

una idea de conjunto que nos pruebe cumplidamente las dotes pictóricas del autor vasco.

Diriase que nuestro novelista se siente conmovido ante el espectáculo de árboles y flores:

«La casa de Ohando estaba en la carretera, lo bastante retirada de ella para dejar sitio a un hermoso jardín, en el cual, como haciendo guardia, se levantaban seis magníficos tilos. Entre los grandes troncos de estos árboles crecían viejos rosales, que formaban guirnaldas en la primavera, cuajadas de flores» («Zalacain», pág. 25).

El talento descriptivo y lírico de Baroja, pese a su odio hacia todo lo convencional, es innegable. Siento que Madariaga — lo repito una vez más — no le conceda dotes líricas. He aquí otro ejemplo barojiano: «El río Ibayá, limpio, claro, cruzaba el valle por entre heredades verdes, por entre filas de álamos altísimos, ensanchándose y saltando sobre las piedras, estrechándose después, convirtiéndose en cascadas de perlas al caer por la presa del molino» («Zalacain», 20).

Si esto no es poesía ingenua y natural, sin rebuscados afeites, que el Diablo venga a verlo y Dios se la depare al que trate de imitar estilo tan sencillo.

Parece ser que Pío Baroja habría deseado tener el pincel de Teófilo Gautier para describir, con la perfección del periodista francés, los paisajes españoles. Pienso que nuestro autor no tiene nada que envidiar al buen Teófilo, menos poeta que periodista y desprovisto de todo sentido filosófico. Por lo que hace a los detalles, a las nimiedades, a lo que carece de todo fondo filosófico, Azorin ha hecho lo mismo que Gautier, es decir, ha descrito lo que la retina retiene, lo superficial. El detalle es, en ellos, la nota característica. Lo esencial es lo visual. Describen los detalles que nada dicen al espíritu, esto es, las facetas a flor de piel. Comprenden el paisaje, pero lo humano, es decir, el hombre, el sér, el espíritu de los pueblos o paisajes que describen se les escapan y no son capaces de reproducirlos cumplidamente.

He aquí un paisaje crepuscular, que nada tiene que envidiar al que nos describe Unamuno en «En torno al casticismo», y que repite, línea tras línea en el «Rosario de sonetos líricos» (soneto XXVII), donde la nota agónica campa por sus respetos.

Dice Baroja: «El sol iba poniéndose... Arriba, rojos de llama, ro-



# «Zalacaín el aventurero»

jos cobrizos, colores cenicientos, nubes de plomo, enormes ballenas; abajo, la piel verde del mar, con tonos rojizos, escarlatas y morados. De cuando en cuando el estremecimiento rítmico de las olas» («Fantasías vascas», Austral, 26).

Las descripciones barojianas son en extremo abundantes, sus pinceladas ricas y variadas. Los que dicen que nuestro autor escribe mal, no saben lo que se dicen. ¡Que lean «Camino de perfección» y se quedarán boquiabiertos! Baroja nos describe con perfección singular las altas sierras, las llanuras peladas, los montes y colinas, los ríos y las estaciones, la huerta de Valencia y los alrededores de Madrid. Sus pinturas son dignas de altísimo maestro (Cf. «Camino de perfección», 129, 160, 188-189, 283, 295-296 y 315).

Creo, en suma, que no tiene necesidad del pincel de Téófilo Gautier: le basta el suyo para hacernos contemplar y admirar múltiples paisajes y comunicarnos sus propias impresiones.

## Conclusiones

A lo largo de mis notas, he tenido ocasión de sacar no pocas conclusiones. Sin embargo, fuerza será resumir en pocas palabras lo que hemos expuesto largo y tendido.

Baroja es, ante todo y sobre todo, un *egotista completo y cabal* que, si es preciso, a su juicio, hace enmudecer a los personajes para exponer las ideas personales que le traen a mal traer. El caso es grave, pues los personajes, una vez en marcha, si se les deja solos, se le escapan al autor y campan por sus respetos.

Esto explica, tal vez, que ningún personaje de nuestro autor puede ser presentado como modelo, esto es, como tipo acabado, que no admite enmienda ni retoque.

El eterno *yo* español domina la obra entera de Baroja. Nuestro vasco es partidario de aquello de «allá van versos donde va mi gusto». Quiero decir que, en primer término, cuenta él mismo y, luego, si hay lugar para ello, todos los demás.

Baroja es *sensible*, lírico a veces, a pesar de la opinión de nuestro ilustre Madariaga, que le niega tal cualidad. Ese lirismo, que es hondo, no llega jamás a exaltación filosófica, al modo unamuniano. Es posible acercarse a Baroja; se accede a Unamuno paso a paso y son contados los que logran interpretarlo a derechas. Se trata de dos mundos distintos.

La famosa *independencia* barojiana es para mí simple *cazurre*, por no decir *obstinación*, esto es, total incompreensión de problemas universales. A despecho de sus estudios universitarios, Baroja es eterno *aldeano*, un *pueblo-*

*rino* sin cura, que vé al mundo a través del prisma estrecho de su criterio personalísimo. Se trata de provinciano malhumorado, no de espíritu europeo.

En este punto, tiene razón sobrada Madariaga. Al autor vasco le tienen sin cuidado los problemas de orden universal.

Abunda el elemento picaresco en las obras de Baroja. Si Zalacaín no nos ofrece sino algunos detalles al hablar del viejo Tella-gorri, justo es decir que «La busca» es cifra y compendio de la ilustre golfería madrileña.

Le niego a Baroja todo espíritu *revolucionario*. En mi opinión, se trata de *conservador* a carta cabal, de un hombre que prefiere las zapatillas al amor del fuego, a los rigores de la calle en días fríos de invierno bajo la amenaza de las llamadas fuerzas del orden.

El autor vasco no quiere depender de nadie, desea ser por entero *independiente* y, en realidad, es esclavo de su *mundo restringido*, esto es, de sus ideas estrechas que carecen de todo viso universal y humano a la manera de nuestro Cervantes.

Baroja, según propia confesión, no conoce a los clásicos greco-latinos. Esta *ignorancia*, constituye en él una *com* cerrazón espiritual que, falta de cultura, se eleva contra todo lo constituido, sin razón seria, por no decir por mal humor, amargura o rencor contra lo no aprendido o, tal vez, mal digerido. Ante tal incapacidad de comprensión, vienen a mi mente aquellos versos de Machado, famosos hoy en el mundo entero.

«Castilla miserable, ayer dominadora, — envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora.»

(«Poesías completas», Losada 1946, pág. 91).

Digo y repito que nuestro máximo novelista moderno, siempre en rebelión contra el *fanatismo*, se convierte en *fanático* intransigente de la negación, es decir, del nihilismo contra todo orden, así como también contra la literatura, el arte y las instituciones. Ya hemos tenido ocasión de observarlo. Por eso, no lo repetiremos aquí.

La ciencia le parece esencial. Todo lo demás es *pacotilla* y significa pérdida de tiempo. Sin embargo, fuerza es decir que *ciencia* es conocimiento y saber y el de nuestro autor, como dicho queda, deja no poco que desear en ciertos puntos. Verdad es que no se puede servir a Dios y al Diablo al mismo tiempo.

Digamos, por vía de descargo, que los gritos de Baroja, en el fondo, no convencen a nadie. Al leer las páginas que escribe, el lector siente tentaciones de exclamar: «¡Tiene razón!» No obstante, en cuanto se recapacita, se da

uno cuenta de que esos gritos de energúmeno suelto, sin trabas que lo sujeten, no pueden satisfacer a ningún espíritu culto y raciocinante. No basta la negación particular, que puede ser fruto de capricho o dedisposición individual momentánea; es preciso probar de modo seguro y con razones sólidas. El autor vasco, en el conjunto de su obra, no prueba absolutamente nada, es decir, nos deja un regustajo de tedio hacia todo lo humano, que no es fácil desecharse. Este pesimismo barojiano, que se nos mete en las entrañas, no es prueba de verdad, sino resultado de convicción individual, que puede repugnar al conjunto de la masa, ya que no se lucha para ser desgraciados, sino porque se aspira a la felicidad y al bienestar.

Cuando leemos las «Memorias de un hombre de acción», no nos queda sino amargura honda, desesperación íntima. Séneca, el riquísimo, predicó la pobreza y la abstinencia. Baroja, el *revolucionario vasco*, predica la revolución activa y se limita a escribir novelas, con frecuencia poco densas, y a decirle a Lerroux que la pluma vale más que todas las manifestaciones callejeras. ¡Error profundo! Una manifestación de masas es más eficaz que todo artículo literario.

No creo por entero en la famosa *sinceridad* de Baroja. Cuando nos afirma que es «hombre humilde y errante», quiere decir todo lo contrario, es decir, desea inquietar, chocar, como su paisano Unamuno, a las gentes timoratas. Al hacerlo, sabe bien que se hablará de él hasta en círculos burgueses, que nada le dicen. Su *disconformidad* social es, a mi entender, simple pretexto para «épater le bourgeois».

Hemos dicho que Baroja es *nihilista*, destructor integral de valores. Justo es afirmar que, pese a la valía de los modelos literarios que informa su obra (Dickens, Tolstoi, Dostoiévski, Nietzsche, etc.), el autor vasco es demolidor, no creador. No construye, sino que destruye a ciegas, sin poner en pie ningún edificio que desafíe al tiempo y marque un hito insuperable en su obra.

Quiere hacernos creer que nadie se ocupa de él y sabe a ciencia cierta que no son pocos los que lo buscan. Trátase, a lo que pienso, de *masoquismo* espiritual, que no responde a convicción sincera.

Hay en Baroja un complejo moral que se expresa en canción en *prosa*, no exenta de hondo lirismo. El estribillo dice: «Baroja, no serás nunca nada» («Juventud, egolatría» 32). Este estribillo, repetido por maestros primarios y, más tarde en la Universidad, llega a constituir en nuestro autor una segunda naturaleza, sobre todo, cuando se da cuenta de que



sirve para algo. (Cf. «Juventud», pág. 32).

Ideológicamente, se siente *anarquista*, pero su anarquismo es de zapatillas de salón, por no decir de alpargata, al lado de un buen fuego, al amor de la lumbre, rodeado de entes que lo admiran y que, por así decirlo, beben sus palabras, si no proféticas, al menos chocantes y no desprovistas de humorismo.

Cuando nos dice que se siente *demoníaco*, tiene razón. El demonio lo posee, pero su lucha es estrictamente personal, sin trascendencia social. Si se nos muestra burgués en sus obras — al menos en la mayoría — es por no estar en contradicción con sus ideas. Sin embargo, la contradicción existe, pues Baroja no es hombre de acción ni de combate en barricadas, sino hombre de pluma, que cree precisamente en el milagro eficaz de la escritura frente a las armas, que siembran la muerte («Juventud», etc. 146).

Baroja, nuestro supremo novelista, es hábil descriptor de paisajes, hostil a todo regionalismo mal entendido, rico en elementos folklóricos, anticlerical e irreligioso sin mesura, hasta llegar al mal gusto, como hemos observado. Su espíritu antifrancés, como dicho queda, campa por sus respetos, no por convicción íntima, sino más bien por incompreensión innata, por falta de gusto y de cultura extensa.

Baroja no sabe retratar a las mujeres. Sus heroínas, como hemos indicado, no tienen consistencia real.

Sus personajes masculinos, en general, no son sino su *propio retrato*, esto es, *autorretrato*. Son seres viriles, activos, capaces de arranques heroicos. Atesoran todas las cualidades que Baroja hubiera deseado poseer. No quiero ser mal pensado, pero pienso que los hombres más afeminados son siempre los que nos presentan los tipos más viriles. El ejemplo de García Lorca es convincente.

Baroja — lo repito una vez más — no sabe retratar a las mujeres. Por lo que hace a los hombres, sus personajes son seres *superiores*; los demás, frente a ellos, son pobres espíritus, entes estúpidos, personas desprovistas de todo arranque generoso e incapaces de toda noble acción.

Los hombres son, con frecuen-

# Un drama de Calderón



Los baños o presidios moros de la Argelia, no eran un joyoso Tenampa, precisamente; ni un Delmónico de Chihuahua o Miami Beach, en que los dorados de la División pancho-villesa del Norte, cantaban bailando y bebiendo: «Cuando entremos en New York — me he de comprar un arado; — y le pondré como bueyes — a los patrones del rancho». Pero, se podía tolerar en las mazmorras del « Alá ilá » la tasa de aire y de luz, mejor que en las de la torre de Nesle, pongamos por Edén de destitutos de su hombría.

Por de pronto, los allá engavia-

## EN TORNO A PIO BAROJA

cia, para Baroja, algo despreciable, por no decir miserable, siempre entregados a sus pasiones mezquinas. Esta idea, nada loable, hace nacer en él un como donjuanismo mórbido e intelectual, agradable a sus lectoras, que se complacen en los dichos barojianos que ponen al hombre de vuelta y media. A este fenómeno, no lo llamo espíritu inquieto, sino mercantilismo.

En fin, por dar cima y remate a estas notas, observemos que Baroja, como Unamuno, en lo que a ideas sociales y políticas se refiere, fueron de una ceguera admirable. Unamuno coqueteó con el ladino Prieto. Baroja anduvo con Lerroux. ¿Qué había de común entre los literatos y ambos hombres políticos? Creo que absolutamente nada. Los autores vascos, como la realidad nos lo ha enseñado, no supieron ver a las claras el problema moderno español. Ambos se equivocaron y murieron amargados. Pese a todo, nuestros dos escritores vascos, quedarán en la literatura española como cifra y símbolo de algo digno de imitar.

J. Chicharro de León

FIN DE ESTE ESTUDIO

«**E**L PRINCIPE CONSTANTE », pieza teatral de cierta importancia de nuestro Calderoncio — el padre del Segismundo de « La vida es sueño » y del Pedro Crespo de « El Alcalde de Zalamea no se ha calado bien. El periplo mortal — sobre todo para sus niños y nanas — de un infante campeador, parece en la pluma del citado Calderón barquero, una elegía dialogada, en que se lloran las tribulaciones de los cristianos cautivos en la galera llamada « los baños de Argel », por los años de indicción o inyección de 1457, post et prae. A la propia lacrimación o lacrimonia, dedicó el Manco de Lepanto, en un entremés o « meligodrama », alguna cera de sus ojos, de la que no vamos nosotros a liar ninguna miel. Nos interesan hoy más los planidos del *de la vida es estar roque*. Son éstos más de actualidad, por lo que de farsa y de pamplina tienen; por lo insincero e infundado de esas quejumbres, que no rompen el ritmo de la existencia tocina que llevamos.

dos no tenían más que pernoctar o rascarse de noche las pulgas en su clausura monjibela. Con los primeros rayos del sol sale la volatería de su jaula, para dirigirse al tajo agrícola, al entierro mineral, al doméstico pringue o al más untuoso faenar cortésano; como ponerles las medias o estirárselas hasta el palomar a la

acabar, para el abate o la abadesa mitrada y cascada; como los cestillos para el barón, que juglares divierten con sus romances de amores y zingaras con sus giros y verticidades al son de panderos y de címbalos volterreantes.

Pero, para pecheros y vasallos de mala ventura, las almenas de

## por Angel SAMBLANCAT

hurias del harem. La vía de comunicación o la construcción del morabo, a que se los había adscrito, también los esperaban con la culebra del látigo en pie. Pero, en las almadras de los reyes cristianos, no se ganaba el cielo a mejor precio. Aquí se remaba entre blasfemias de demonio de los cómitres y el serpenteo y silbo de los rebencazos que reparían.

¿Cómo comparar los baños siempre secos de Argel, con los humectísimos impaces del Santo Oficio toledano y con los enaguamientos de los Plomos republicano-mercantiles de Venecia? De los primeros se iba a parar al rescoldo del auto de fe. Y de los segundos, a hacer volatin descabezados a la picota de la plaza de San Marcos, hecho un cuadro del Veronés.

En defensa de la gente de color, hemos aclarado ya que la esclavitud la llevaron los romanos y otras inmundicias de la fe a Mauritania. La trata negrera aparece en Mogador con los portugueses, que ahora la renuevan en Brasilia. La piratería la introducen en Túnez los turcos y las torcacitas Inglaterra y Holanda.

Y el baño o la penitenciaría rezumante de lardosidad, la aprende la sarracenia, de los cruzados más perversos que nuestros franquitécnos, en Jerusalén; y de la papalidad o papamosquerío y la goticidad de Occidente; donde el evangelio de Cristo da antes que nadie un gallo y le canta las manitas al sayonaje ordalisco, orduresco y hordario.

Los cenobios, efectivamente, son Palaces y Huelgas de nunca

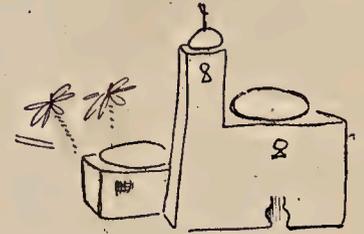
las murallas son horcas; y en los « jefrois » no se tocan las campanas con otro badajo que las cabezas de los hermandinos o de fermanados remensas en revolutis contra el señorío. ¿Para qué más carillón?

Los vándalos de Genserico llevaron a Noráfrica las instituciones de la germanidad y la feudalidad; y entre otras, el almacenamiento de carne a salar en sótanos negros y llorones, en que se ataba al detenido al muro con cadenas por el cogote y se le sujetaban los pies en cepos de lobo, o colgándole del empeine grillos de 15 libras de peso bruto.

Pues ¡qué! ¿El absolutismo papal e imperial eran en el medioevo y en los mismos días de gracia de Calderón, otra bendición diva, que un cáncer y una cárcel, para los pueblos sin suerte — todos los del mapa — que los sufrieron?

¿Comía la plebe laboriosa algo más que rancho de ranas y gasteropús y bazofia mesónica o de mesón, de ésos en que no hay para comer más que lo que uno lleva, bajo el gargantúo Carlos V y el lúbrico sabandijero Felipe II? Ni esa caspa había a veces. Y se tenía que contentar el que trabajaba con nutrirse como un piccaño de babas de langosto y escamas de lagartija y coplas de grillo cebollero.

En las chavolas de la población humilde, se rampaba a la sazón por falta de vito-espacialidad y aire acondicionado, para estar derechos. Se descansaba sobre espartiza, o sobre esteras y petates en el mejor caso. Porque, a lo mejor, la hoja de maíz que le recogía a uno el cuerpo, y hasta



las entrañas para parir, no era más que un balneario de orines; un montón de paja remojada para la que no había muda, si no cuando la atufadora irrupción de ratas la había convertido en sustancioso abono orgánico.

¿Los baños de Argel? De los baños de sudor, en que agonizando se ahogaba al ilota delito herético; y de la fatiga y padeceres con que se mataba a la actividad virtuosa en España, en los siglos XVI y XVII, quisiéramos que nos hubiesen legado Cervantes y Calderón, fehacientes testimonios. Porque el resto del general literaturizar de la época, como los autos sacramentales, por vainaje de haba apenas nosotros lo tenemos; por charangazos y chingarazos de bululú y teatralería nos golpean tiernamente en el paladar.

## CALENDARIO



Está en venta este familiar Calendario que tanto crédito artístico y utilitario proporciona anualmente a nuestra máxima institución solidaria. Encomendada la redacción del mismo al ilustrado escritor Pierre V. Berthier, podemos asegurar que el Calendario S.I.A. para 1961 gustará e ilustrará a cuantos lo adquieran.

El tema escogido este año es el de LAS RAZAS HUMANAS, excelentemente descritas por Berthier y magníficamente puntualizadas por el magnífico lápiz de Zaragoza. Ambos autores han conseguido un trabajo de conjunto superior a lo previsto, pues tanta es la conciencia que Berthier y Zaragoza han puesto en su respectivo trabajo.

Formúlense pedidos a esta Administración. El precio del Calendario es de 2 NF.

# JACQUES ALIBERT o el arte de traducir

Jacques Alibert es amigo mío y ha traducido al francés uno de mis libros. (No cito el título porque, tratándose de un libro mío, me parecería impúdico e incorrecto citarlo). ¿Por qué no elogiar la labor de un amigo si tan frecuentemente, y a veces con tanta ligereza, se elogia la de un simple conocido? Por miedo. Por miedo a la opinión ajena, que debe tenernos sin cuidado. Por miedo a la tontería del «qué dirán». «Sí, claro: es amigo suyo y por eso lo pone por las nubes... Se trata de un amigo y ya se sabe... No hay que tener en cuenta los elogios porque el autor es amigo del crítico». Etc., etc. Según tan peregrina teoría los amigos estarían obligados a escribir únicamente memeces, cursilerías, cosas insus-

## José Padilla



EL maestro Padilla, gran creador de tonadillas, ya no existe. Dejó de vivir el 2 de noviembre a los 79 años a causa de una crisis cardio-arterial. En su arte llevaba mucho terreno recorrido.

Padilla era natural de Almería, donde en su juventud se señaló improvisando «estudiantinas» y «pasacalles» para satisfacciones populares. Pasó a Francia, en cuyo país se adentró en el «couplet», siendo él, la Fornarina y José Juan Cadenas, quienes en la primera década de este siglo lo introdujeron en España con excesiva fortuna. En esta rama de la «producción» musical Padilla eternizó los títulos «El Relicario», «La Violetera» y «Princesita», canciones suyas. En zarzuelas ha presentado con mucho menos éxito «La Giralda», «La bien amada» (de la que ha sido desgajada el famoso «Valencia») y «La hechicera en Palacio». Muy inspirada su «Sinfonía portuguesa» y queda por ver «Sol de medianoche», zarzuela que el maestro no ha conseguido ver estrenada.

**C**UANDO se es persona decente — y yo creo serlo — la gratitud es un deber. Acaso haya tantos ingratos por haber tan pocas personas decentes en nuestro catastrófico mundo. Cuando a la decencia se une la amistad el deber se hace más penitente. Por lo que a mí hace, les estoy profundamente agradecido a muchos amigos que no conozco personalmente — pero que, sin embargo, son amigos míos — por haber escrito un buen libro, por haber pintado un buen cuadro. O por haber llevado a cabo una buena acción, ya que la bondad es digna de la más alta estima. Tanto es así que, a mi juicio, debiera considerársela como una de las bellas artes.

tanciales que hicieran imposible el elogio.

Ni que decir tiene: no soy partidario de semejante teoría, nacida de la estupidez en colaboración, muchas veces con la envidia y el rencor.

En estas mismas páginas he dicho mi amistad y mi gratitud a Jean Cassou, Eduardo Zamacois — ¿cuándo conseguire que se traduzca al francés su bella obra «El asedio de Madrid»? — Arturo Barea, Amédée Mas, Octave Nadal, Fernando Valera, Antonio Machado, por haber escrito libros bellos y profundos. Y pienso insistir en el elogio, aprovechar todas las ocasiones para remachar el elogio a los ya mentados sin olvidar a otros que también lo merecen: Manuel Arce, Susana March, Ricardo Fernández de la Reguera, J. M. Espinás, Juan Goytisolo, Virgilio Ferreira, Ferrándiz Alborz, Ignacio Fernández de Castro...

Hoy el elogio tengo que dedicarlo a Jacques Alibert, traductor francés, como ya he dicho, de un libro mío. Lo merece. Se lo debo — por amistad y por agradecimiento — y las deudas hay que pagarlas.

Generalmente, el crítico se ocupa poco del traductor. Algunas veces le dedica, por salir del paso, la limosna de unas pocas líneas asegurando — casi siempre sin haber leído el original, supongo que por desconocer la lengua en que fué escrito — que la traducción está bastante bien o bastante mal. Otras veces, por más cómodo, silencia el nombre del traductor, sin respeto al ímprobo y penoso trabajo que éste se ha dado.

Traducir no es fácil. Ni mucho menos. Traducir es, por el contrario, muy difícil. Que lo digan los que en las universidades estudian lenguas que no son la materna. Y que lo diga, sobre todo, el profesor que, por aguantar tanto error y disparate, merecería todas las Legiones de Honor habidas y por haber.

Un mal traductor, uno de esos que traducen a salga lo que salga, puede echar a perder un buen texto. Los buenos traductores — Ricardo Baeza, el de d'Annunzio y O'Neill; Pedro Salinas, el de Proust; Ruiz Contreras, el de Anatole France; Díez Canedo, el de Francis Jammes; G. Jean Aubry, el de Joseph Conrad; Valle

Inclán, el de Eça de Queiroz; Eduardo Marquina, el de Guerra Junqueiro... — no abundan. Los que sí abundan son los malos. Por ejemplo: el último que en España le ha tocado en suerte a Dostiewski, cuyas traducciones son ilegibles; el español de «Doktor Faustus», de Tomás Mann, tan malo como el de Dostoiowski; los argentinos de Richard Aldington y Stephan Zweig.

Traducir es un arte, un arte nada fácil, erizado de dificultades, y no un oficio. Traducir es un arte que la tacañería y la incultura de la mayor parte de los editores ha convertido en oficio. Sin contar con que hay autores intraducibles o poco menos. García Lorca, por ejemplo, pésimamente traducido por el catastrófico J. L. Schonberg, que con tanta inconsciencia y pederastía se atreve a dar lecciones a los anteriores traductores del poeta asesinado. Vamos a ver: ¿quién es el guapo que se atreve a traducir «noche: que noche nochera»?

Para ser buena, para que obtenga el «visto bueno» de las personas cultas, una traducción necesita un sinnúmero de enmiendas y correcciones. Arrinconado el original, es necesario, naturalmente, corregir la traducción y pasarla luego, cuando ya la tarea se da por terminada, a alguien con autoridad y responsabilidad suficientes para que la revise. Así lo hizo en cierta ocasión un editor barcelonés amigo mío con la magnífica novela de Jakob Wassermann — que no ha sido traducida al francés — «Das Gansemannchen», es decir «El hombrecillo de los gansos». Así hay que hacerlo con los traductores de oficio, aunque se trate de traductores que conozcan bien el oficio y trabajen honradamente y sin chapucerías.

Pero Jacques Alibert no es traductor de oficio ni sus ambiciones literarias van por ese camino. Jacques Alibert es hombre muy culto y escritor muy estimable, cosa de la que muchos no se han enterado, pues a pesar de que ya no es un mozalbete, no tiene prisa por publicar y guarda cuanto escribe en un cajón de la mesa.

Jacques Alibert, excelente traductor del portugués Fernando Namora, ha traducido mi libro por amistad. Hombre ordenado, metódico, meticuloso, — virtudes, ¡ay!, que yo no poseo — hombre

por Luis CAPDEVILA

de gran probidad intelectual, me leyó la traducción antes de enviarla al editor.

— ¿Qué le parece? — preguntóme una vez terminada la lectura.

— Perfecta — le dije — y le felicito. No parece una traducción. Diríase que la obra ha sido escrita directamente en francés.

Me confesó:

— La traduje tres veces, de la primera a la última página. Cuando terminé la primera la lei de cabo a rabo y no me gustó. Hice una nueva versión aprovechando cosas de la primera, que me gustó más, pero que no me satisfacía por completo, que no estaba tan bien como yo quería. Y escribí la tercera.

Al revés de otros autores, no puedo quejarme de los que me han honrado traduciendo obras mías. No puedo quejarme del italiano Enrico Valle, de la alemana Elisabeth Mirbt, de la inglesa Constance Fennel, del francés Henri Charras, traductor de un «Don Juan» que no ha podido estrenarse en París porque estrenar en París es difícilísimo, casi imposible si uno no tiene mucho dinero o no ha robado la torre Eiffel o no es pederasta o no se ha distinguido por otra extravagancia cualquiera... aunque la pederastía, desgraciadamente, haya dejado de ser una extravagancia. No puedo quejarme de Roger Noel Mayer, que ha hecho una muy bella traducción de mi «Tierra sin Primavera».

Ni puedo quejarme de Jacques Alibert, tan buen amigo y tan buen traductor — ¡y ya es decir! — como Marcelle Auclair, Maurice Coindreau, Claude Couffon y el ya mentado Noel Mayer.

Leyendo la traducción que Jacques Alibert ha hecho del libro en cuestión — cuyo título, repito, no me parece oportuno ni correcto dar en unas páginas que no son de anuncio — decíame un profesor francés amigo mío, Robert Osmond, gran exégeta de Rousseau:

— ¡Cómo se le ve a usted en su libro!

He aquí el mejor elogio que puede hacerse de una traducción: verle al autor en ella a pesar del nuevo traje — francés, alemán, italiano, inglés, sueco, etc. — que es toda buena traducción. A través de una mala traducción es imposible ver al autor. Y, por lo tanto — todo es uno y lo mismo — ver la obra.

Con Jacques Alibert, escritor excelente que conoce tan bien el francés como el español, no ha sucedido así. Y por ello debo en estas líneas expresarle mi agradecimiento.

Ser traducido es cosa fácil. Lo difícil es ser traducido por un buen traductor.

# Significación e importancia del mestizo en la sociología boliviana

## IV. — El mestizo, intermedio de culturas

Al proceso contrario a la transculturación que, desde los comienzos de la conquista de América, provocaron los indígenas quechuas y aymaras en defensa de sus propios valores, siguió en el área natural de los Andes otro proceso de mayor contacto mental entre el español y su descendencia mestiza, la cual aceptó algunos ingredientes del blanco y relajó otros muchos, procediendo en la misma forma con los elementos culturales del indio, bajo una relativa interacción de la que estaba privado el europeo, porque el nativo se apartó al círculo cerrado de su propia cultura.

El trato ordinario entre los hombres es influencia recíproca que propende a producir semejanzas de pensamiento, de actitudes, de costumbres y de otras manifestaciones de convivencia. Pero, esta transculturación en el mestizo se efectúa a costa de mudanzas y adecuaciones a su estado social, el mismo que mantiene las distancias y barreras que separan a un grupo de otro en virtud del prejuicio racial del estamento, el cual fosilizó la estratificación de la sociedad colonial.

Reiteramos que los grupos progenitores del « cholo » mantuvieron elementos culturales opuestos. El blanco, a través de su actitud intelectual y socioeconómica, había significado un desprendimiento de la cultura foránea que contradecía la realidad intrínseca del Nuevo Mundo. El indio dominado materialmente por el conquistador, permaneció cerrado en la órbita de sus valores tradicionales, sin querer ceder a las incitaciones de una existencia colectiva que la juzgaba contradictoria, inhumana y avasalladora.

En consecuencia, el mestizo, sin las raíces de tradición del indígena, sin el bagaje de conocimientos del blanco, asumió actitudes diversas frente a estos dos grupos y buscó por compensación de su estatuto social una conducta acomodaticia, en tanto se produjera un ordenamiento distinto en las relaciones de las dos razas madres que se alinearon en capas separadas durante la estructura de los estamentos que nacieron bajo la dominación española.

Articulado por una interacción más frecuente a las dos capas opuestas que formaban sus razas madres, este elemento intermedio biológicamente, estaba en capacidad de admitir, si no de comprender y asimilar en su integridad, los ingredientes de las dos culturas. Basta saberlo bilingüe en sus expresiones mentales.

Temática española y sentimentalidad indígena se fundieron en aquel maridaje de culturas. La poesía cobró acento amestizado en una doble expresión castellana y vernácula. El ritmo de la

danza peninsular se aquietó en su movimiento para retrasar y adquirir mesura y melancolía, concordantes con el sentimiento del pueblo. El « triste » y el « pasacalles » son motivos musicales del folklore boliviano que sintetizan la pasión y la dulzura, dos estados de ánimo del alma indomesticada.

El europeo hubo de brindarle su temática religiosa, el conocimiento de los objetos de uso occidental, la demostración enfática de sus afectos, los patrones de su arte para que los adaptara al ejercicio de la habilidad manual, y los medios técnicos que sirvieran de medios de realización.

Tales motivaciones, aunque hubieran sido fragmentariamente asimiladas por sus facultades de escaso cultivo en un medio estacionario se concretaron en la construcción de edificios, monumentos, posas y capillas, construidos de acuerdo a las normas trasplantadas por los primeros artistas de la Península, como aquel Toribio de Alcaraz, que se trasladó a Potosí y Caracas.

José de Mesa y Teresa Guisbert explican la introducción del barroco « andino » en el siglo XVIII después de la gran floración arquitectónica en Lima y el Cuzco en el siglo anterior. Lo más saliente reside en las portadas que vienen a ser sustentantes de profusa decoración, la cual está relacionada con el gusto y la sociología popular, desbordando del campo restringido de la creación del artista, al predominio de un temperamento presente en el vivir colectivo.

Este mismo estilo se extiende a la orfebrería y otras artes menores e industriales. Pues, el mestizo es artífice diestro en ebanistería, metalurgia en la actividad doméstico-manufacturera en general y particularmente es la textil, ocupaciones en las que demuestra sus aptitudes, las cuales cuando fueron convenientemente dirigidas dieron cierta prosperidad económica para levantar su estatuto y su nivel cultural, abriéndole la posibilidad de incorporarse a otras actividades más remunerativas.

Sus facultades espontáneas, que demuestran facilidad de comprensión, aunque por las causas educativas y de restricción del ambiente social, se manifiesten desordenadas, tienden a la imitación de las formas expresivas del blanco.

Cuantas veces ha recibido las incitaciones externas para informarse, ha dado valimiento a la actividad intelectual. René Moreno, al ocuparse de los últimos días coloniales del Alto Perú, en el magistral libro que lleva ese mismo título, refiere que «seten-

ta doctores y seiscientos estudiantes procedentes de todo el Virreinato que moraban en Chuquisaca viviendo con los mestizos de la ciudad, convirtieron al cholo que no sabía leer ni escribir, en elemento opinante sobre los intereses del procomún».

Tamayo, al incidir sobre la alfabetización del cholo, expresa que «la letradura parece producir una aguda intensificación de su personalidad. Entre el cholo letrado y el analfabeto hay una distancia espiritual enorme.»

La posesión de este instrumento de cultura le dió posibilidades de acceso a las profesiones, particularmente al ejercicio de la milicia, de la abogacía y del sacerdocio. La historia del acontecer colonial, y mas aun la del republicano, registra los nombres de innumerables conductores que, dentro de sus correspondientes círculos, tuvieron notoria actuación pública.

Es obvio reiterar en las condiciones tradicionales de cultura, esa posesión de la letra le dió al mestizo el falso miraje interior a que alude el publicista citado, mientras que no fueran rectificadas las normas que dirigieran la ética social, distante de la moral del indio o de los valores de los grupos occidentales.

La arrogancia del blanco, su énfasis verbal, su individualismo, el espíritu caudillista, son expresiones que imitó con exageración del trato social.

La actitud del mestizo en el proceso de formación de los primeros grupos americanos, nos recuerda en cierta forma la reflexión de Fernando de Acevedo sobre el patrimonio de la educación tradicional que depende de la suma de los patrones de cultura que el individuo encuentra, al nacer, y cuya fuerza coercitiva reside en la familia y en todas las instituciones sociales que transmiten sus defectos y sus excelencias por la fuerza mecánica de la tradición.

## V. — La movilidad social del mestizo

Durante la Colonia, el blanco criollo que entró a disfrutar de los privilegios de rango de sus antecesores, adquirió refinamiento intelectual y se sobrepuso por esta condición al europeo procedente de la Península. Su situación de inferioridad política con respecto al español, creó su inconformidad, a la cual hubo de añadirse el rencor de la plebe ciudadana y del indio, trabajador de los campos y de las minas. El mestizo, ocupado en la servidumbre de las familias acomodadas y en los oficios de artesanía, se había mantenido extraño a las incitaciones externas hasta que el sacudimiento de la insurgencia lo



sustrajo de sus labores habituales. Se incrustó como elemento activo del acontecer revolucionario siguiendo los pasos de la clase rectora. Pero, al cabo de los quince años de la lucha por la emancipación, se habituó a las convulsiones políticas, y como quiera que la República solamente significó un desplazamiento de dirigentes en la administración pública, de hecho se constituyó en agente, caudillo y promotor de las revoluciones, con aspiración a gerentar los destinos de la nueva patria.

El acceso a la actividad pública representada por el ejército y los partidos, le permitió también ingresar en las funciones burocráticas de distinta jerarquía, abandonando sus ocupaciones ordinarias y desdeñando los oficios manuales. Pero, es necesario reconocer que el desarrollo de la minería y de las actividades industriales con sus consecuencias para el comercio y para el progreso de los transportes; el crecimiento demográfico y económico de las ciudades; la extensión y popularización de la enseñanza, fueron causas que influyeron para despertar sus energías dormidas.

La introducción de la técnica y del capitalismo, ha contribuido a liquidar el ordenamiento de la sociedad estamentaria para crear un ordenamiento de clase, donde los hombres se hallen colocados por razón de su economía. Tengamos en cuenta para esta mudanza en la organización social, los conceptos de Hans Freyer, en su obra « Sociología, ciencia de la realidad »: «El estamento se disuelve para crear una sociedad de clases, no por extinción biológica de los estamentos dominantes, sino por extinción de su tipo, de su actitud, de su tradi-

● Pasa a la página 9 ●

# Aspectos del judaísmo español



**E**NTRE los tratadistas españoles especializados en el estudio de la alta y baja Edad Media perdura latente una a veces enconada controversia sobre el problema judío autóctono. Forma este problema uno de los capítulos de la « leyenda negra » española por su olor a santidad inquisitorial. Las directrices generales de nuestra historia española propenden, por el lado heterodoxo a sentimentalizar el martirio de este pueblo errante, las humillaciones y masacres de que repetidamente fuera objeto en los tres continentes vecinos. Por parte de los ortodoxos se ha intentado, en parte o totalmente, justificar, ya los hechos enteramente, ya las motivaciones.

El establecimiento de comunidades judías en nuestro país se remonta a la noche de los siglos, tal vez como una repercusión de la Diáspora. Sánchez Albornoz afirma que los hebreos habitaban en España desde antes de la Diáspora (dispersión de este pueblo después del cautiverio de Babilonia). Altamira dice ignorar la cuantía de judíos habidos en España antes de la invasión musulmana. No se está de acuerdo sobre la cantidad de judíos expulsados por los Reyes Católicos en 1492.

La pieza de acusación cristiana insiste en el pecado original o martirio de Cristo, crimen que el noventa por ciento de los purgantes ignora. En resumidas cuentas el crimen del Gólgota fué un pleito entre judíos. Jesucristo lo era.

Si los musulmanes del Medio Oriente profanan el sepulcro del crucificado, los judíos de Jerusalén sufren allí las primeras consecuencias de la brutalidad mahometana. Después, el incipiente cristianismo les sume, en esta parte de los Dardanelos, en un baño de sangre: asesinatos en masa, despojos, humillaciones, desmembramiento de familias y destierro.

La España visigótica empieza arriana, herética, y termina teocrática. Antes y después de la conversión de Recaredo los judíos españoles sufren el doble flagelo de los mandones y pueblo fanatizado. Los concilios toledanos rivalizan en furor antijudio con raras intermitencias de clemencia táctica.

La Edad Media, tan pródiga en alucinaciones, ve en este pueblo el germen de todas las calamidades públicas: inundaciones, sequías, pestes, tendrán por agente el judío.

En 711 los islamitas de Norte de Africa cruzan el Estrecho y se plantan en España. El neonacionalismo hispano-cristiano ha querido ver en ello una venganza judaica. La prueba de la perfidia la verán en las buenas migas judaico-musulmanas durante el emirato, el califato y los reinos de taifas. Y, sin embargo, durante los ocho siglos de la llamada Reconquista, la judaica es una planta aclimatada a todas las latitudes peninsulares, en la Córdoba imperial y, en Toledo, en la escuela de traductores del rey sabio.

Los reyezuelos cristianos reba-

san el Duero y el Tajo. Cae Toledo, la Sión hispánica, y sufre el problema judío una de las fases más desconcertantes. Los analistas de todas las épocas y campos se pierden desorientados. Los puntos de fricción son en torno a los siguientes interrogantes: ¿Hasta qué punto es el judío un elemento sociable o nacionalizable? ¿A qué extremo no es él mismo la causa de su tragedia? ¿Hasta qué punto no son al par que víctimas, victimarios?

Estamos en pleno dominio de la erudición. El investigador más aplicado, el removedor de legajos más experto llevará el ascua a su sardina.

Para las comunidades judías, con ranciedad de sangre hispánica en las venas empezará el viacrucis de las juderías, aljamas o lkales. Las ordenanzas reales están en el origen de estos apriscos humanos enclavados en los ángu-

por José PEIRATS

los de las ciudades amuralladas. Pero la comunidad judía, conglomerado racial y religioso, el tradicional sistema de convivencia que aqueja a sus individuos, su ignorancia de la simbiosis generacional facilitará y hasta incitará a la ordenanza real. Son dos hechos que se determinan. Como se determinan hasta cierto punto la imposición de la judería, y la tal imposición inspirada a la vez por un celo de protección.

Sutilidades de lenguaje aparte, las juderías podrán ser determinadas por los siguientes fenómenos, no importa el rigor cronológico en que se suceden: porque los judíos constituyen juderías por sí mismos dada su inveterada introversión; porque la población no judía, soliviantada por el fanatismo religioso de signo contrario, les expulsa de su seno con hostilidad agresiva y les contrae; porque los reyes, atentos a las inspiraciones de obispos y monjes aguerridos, quieren preservar el rebaño cristiano de la contaminación infiel; o porque esos mismos reyes, que por razones crematísticas no pueden prescindir del genio financiero judaico, verán en el kahal (en catalán «call») una muralla para su protección, contra el inveterado program.

El problema a desentrañar es

éste: ¿Se contrae el judío por la repulsión del medio circundante o, a la inversa, se le repudia por su ingénita tendencia a la introversión? Partiendo de esta segunda hipótesis constatemos el elemento básico de la introversión: la religiosidad. Pero esta misma religiosidad del judío ¿hasta qué punto no es forzada por la hostilidad exterior? Lo que vale para la religiosidad ¿vale para el espíritu racial? ¿El judío, constituye un pueblo errante por incapacidad de simbiosis o lo es a pesar suyo por impacto de la hostilidad exterior?

Otros aspectos de la idiosincrasia judía parecen obedecer a la misma antinomia. Veamos: el judío es codicioso por antonomasia, es también proverbial su desaliño en el aseo personal. Sobre lo primero, la inestabilidad, la amenaza constante, el despojo, pueden crear incentivos de codicia. Sobre lo segundo, algunas de las medidas antijudaicas prescriben el traje que deben usar los perseguidos y hasta la calidad de las telas. En 1412, la reina gobernadora Doña Catalina les prohibía cortarse la barba y los cabellos. Por la misma ley se les prohibía ejercer profesiones liberales y artesanales. Estas compulsiones, harto repetidas pueden engendrar una segunda naturaleza en el individuo que las padece. Así el miedo puede ser madre de la bajeza y de la astu-

cia. La conquista del dinero será un arma preciosa para el desquite contra la violencia y la humillación. La pobreza será mimetismo contra la codicia del cristiano. En gran parte el antijudaísmo, incluidas las persecuciones y los programas, no será más que codicia desenfundada, envidia y rapiña en gran escala.

Por doquiera que enfoquemos nuestra crítica tropezamos con este doble aspecto. Son dos hechos que se determinan recíprocamente. De ahí la doble faz del problema en España y en el exterior.

Los más propensos al sentimentalismo, los más objetivos, tropezarán sin embargo, con los argumentos de sus exégetas adversarios, no sólo armados de mañas y tretas. El idilio judaico-musulmán se halla en España, con mucha frecuencia, empañado con perfidias. Se ha quefido ver en los validos financieros los paladines más contundentes de la Reconquista. Estos validos o genios de las finanzas cristianas eran judíos, ortodoxos, conversos o «marranos». Valga decir que el fenómeno forma época, pues el transfuguismo, tuviese por actores a judíos, moros o cristianos, estaba a la orden del día.

En el propio seno de la comu-

nidad judía el idilio deja mucho que desear. El rabinismo es un anticipo de la inquisición cristiana. Maimónides, el idolo más encumbrado de su tiempo, «inferior solamente a Moisés», fué declarado apóstata y sus obras fueron quemadas en las sinagogas de Barcelona, Toledo y Montpellier. Había osado negar la creación y afirmado la eternidad del mundo. Fué desterrado de Córdoba y España, donde había nacido. Los ortodoxos musulmanes aplicaron la misma medida a Averroes. No es más que un botón de muestra de la tiranía de los rabinos (Maimónides lo era) atrincherados en el Talmud.

Vale decir que cuando la circunstancia se muestra propicia para la simbiosis el fanatismo religioso malogra tan natural como plausible propósito. Este cripto-judaísmo es una pieza de acusación que no excluye, naturalmente, el desafuero cripto-cristiano.

Al inaugurarse el siglo XV tuvo lugar en Tortosa la famosa controversia entre rabinos y obispos bajo la presidencia del antipapa Benedicto XIII. Es la época de las conversiones espectaculares pacíficas. Precedieron y siguieron las conversaciones forzadas. Entre los conversos, voluntarios o forzados, los hubo taimados que persistieron en sus antiguos ritos, los llamados «marranos»; y los hubo sinceros que tomaron muy a pecho los deberes de la nueva religión. Su celo ortodoxo, guardadas las distancias de las respectivas épocas, les hace precursores de la Inquisición. No se ha podido afirmar con mayor justeza que no hay mejor cuña que la de la propia madera.

Salomón Haleví, rabino del ghetto de Burgos, implora de rodillas el bautismo, y tras una carrera relámpago es nombrado canónigo en Sevilla; después, obispo de Cartagena. Más tarde será arzobispo de la ciudad de que fué rabino: Burgos. Será el tronco de una dinastía eclesiástica a la que pertenecen Pablo de Santamaría y Gerónimo de Santa Cruz, dos inquisidores de tomo y lomo.

Salomón de Montpellier dice ante el tribunal del Santo Oficio que ha de condenar a los albigenes: «Si extirpáis a vuestros herejes extirpad juntamente con ellos a los nuestros y destruid los libros dañosos».

El monstruoso edicto de los Reyes Católicos (decreto de expulsión de marzo de 1492) arrojó de España de doscientos cincuenta mil a medio millón de judíos no conversos. Los historiadores no concuerdan en la cifra. Fué aquella una vasta operación de la intolerancia cristiana y también financiera. Muchos de los programas no tuvieron más motivación que el pillaje. El decreto les obligaba a «sacar a nuestros reinos y señorios todos los bienes que posean por mar y tierra, siempre que no

## Aspectos del judaísmo español

sean de oro, ni de plata ni moneda acunada». Pero afirman algunos autores que los expulsados neváronse consigo su fabuloso numerario convertido en letras de cambio.

Operación, además, catastrófica para la economía, pues quedaron muchas ciudades abandonadas y somnolientos los puertos principales: Barcelona y Málaga. El ocioso caballero cristiano tiene entonces tres maneras de vivir: la burocracia, el convento y el ejército. El pueblo escoge entre el hambre, la emigración a América o hacerse matar en los tercios.

Como compensación se abrieron las fronteras a trescientos mil caballeros cristianos: genoveses, franceses y alemanes. Eran comerciantes munidos de vistosos artículos; no faltaban cuentas y collares, pues tomaban a los españoles por indios. El comercio y la industria pasó a sus manos, así como gran parte del tráfico con América. Aventureros corsarios, ingleses y holandeses, acometen nuestro imperio de Indias respaldados por compañías financiadas por capital sefardita (judíos expulsados de España).

Se na querido ver en esta operación sefardita una venganza judía. Pero otros judíos fueron merced consecuentes en su revancha. Tal la casa judía Fugger (Fúcar en castellano), que apoyó e hizo triunfar la candidatura de Carlos V (Carlos I de España) al trono imperial de Alemania. Este César del siglo XVI era nieto de los Reyes Católicos autores del famoso decreto de expulsión. Hagamos constar que los Fúcar obtuvieron en premio del imperial agradecimiento el arriendo de las minas de Almadén y Guadalcanal.

Si partimos de la base de que había más de un millón de judíos en la España de 1492 cabe suponer que de medio millón a tres cuartos de millón de conversos evitaron el destierro plegándose al bautismo o renovando su fidelidad a la nueva religión. Especialmente los convertidos habían mezclado su sangre con los preceres de la nobleza. Algunos autores afirman que apenas había familia aristocrática libre de transfusión judaica. El rey Fernando y el propio gran inquisidor Torquemada no eran excepciones a la regla.

La ascendencia judía de muchos españoles puede probarse por las huellas genealógicas expresas por los apellidos toponímicos y artesanales. Otros conversos escogieron pomposos sobrenombres católicos como Santa Fe, Santángel, Santamaria, etc. Los Frank o Franco son de origen centroeuropeo, pero aclimatados en España desde hace muchos siglos. España había sido el refugio del judaísmo perseguido. Los ascendientes del «caballero cristiano» Francisco Franco serían, pues, exilados, conversos o «marranos».

En la época de las conversiones forzadas, bajo Torquemada, encontramos en danza a varios Franco, sobre todo en ocasión del proceso montano, a estilo de Stalin y el mismo Franco Bahamonde, por el conesor de la reina católica. Este proceso fue montano para forzar la mano de la expulsión. Isabel y Fernando no estaban muy decididos a llevar a cabo medida tan draconiana y sobre todo tan ruinosa para la economía. Los judíos candidatos a la expulsión intentaron su propio rescate pagado en oro. Torquemada irrumpió en el despacho del rey con un crucifijo en la mano: «Judás —dijo— vendió a su Dios por treinta dineros. Aquí lo tenemos, vendédlo».

Pero el terreno ya estaba preparado por el proceso del sacrificio ritual. Le sirvió de base una leyenda del vulgo que atribuía a los judíos el rapto de niños cristianos y su inmolación al culto mosaico. La Inquisición explotó a fondo esta leyenda para impresionar a los reyes.

El primer incriminado fue un tal Benito Garcia, judío converso de sesenta años, a quien encontraron en la maleta una hostia profanada. Tras varias sesiones de tormento el acusado confesó cuanto plugo a los esbirros inquisitoriales. Un segundo acusado, Juan de Ocaña, acusó a su vez a Ca Franco, y éste a su hijo Yuce. Un rabino, agente secreto de la Inquisición, persuadió a este último a declararse convicto de crimen ritual. El proceso duró un año, y fueron complicados, además de los citados, tres Franco más. Los siete acusados, con los huesos molidos por el tormento, se hicieron reos de sacrificio ritual en la persona de un niño cristiano crucificado clandestinamente. El cuerpo del delito no aparece en el proceso. Todos los acusados perecieron en las llamas en Avila.

Los españoles somos un pueblo mestizo compuesto de iberos, vascos, celtas, fenicios, romano-latinos, greco-bizantinos, vándalo-visigodos, judíos, gitanos, árabes y bereberes. El decreto de expulsión de 1492 no acabó con el ingrediente hebreo. Su único efecto fue incorporar definitivamente un elemento más en el crisol de razas que es la península ibérica. El problema judío finiquitó por traumatismo, pero la capacidad de asimilación racial del español ha hecho, en último término, el milagro de una fusión altamente benefactora nunca realizada hasta ahora en los otros países. Los últimos ramalazos del fanatismo religioso en España, lejos de poner en entredicho este aserto, lo confirman.

*Este SUPLEMENTO ha salido con retraso por enfermedad transitoria de nuestro director.*

## Significación e importancia del mestizo en la sociología boliviana

● *Procede de la página 7*  
ción espiritual y de sus aptitudes políticas.»

Este nuevo ordenamiento abandona la estratificación de las formas tradicionales para ofrecer mayor movilidad a las capas sociales. El mestizo halla oportunidades frecuentes de movilidad horizontal por cambio de ocupaciones en los centros urbanos y por migraciones internas de uno a otro ámbito del territorio boliviano, valiéndose de las actividades del transporte y del pequeño comercio.

En este ordenamiento clasista también es más acusada la movilidad vertical por ascenso y descenso dentro de la escala del grupo.

El primer caso, que es de ascenso hacia las clases dirigentes de Bolivia, se produce en cuanto el mestizo ya resuelto su situación económica debido a la extensión de las actividades productivas en el país, al desarrollo de la pequeña industria, del comercio y de las profesiones liberales por efecto de la popularización de la enseñanza sistematizada. A medida que el aparato burocrático de la administración pública ha exigido mayor material humano para sus atenciones, ha absorbido numerosas unidades de extracción popular, lo propio que la magistratura, la docencia, el funcionalismo militar y otras actividades que antes parecieran haber estado imbuidas de una mentalidad estamentaria. Las clases dirigentes han incorporado a su seno a los individuos de procedencia mestiza que por su iniciativa y su poder de ascenso han escalado a una burguesía nacional, particularmente por el factor político que les ha impelido a subir. Otra afirmación análoga puede hacerse con respecto a las clases medias constituidas por artesanos o empresarios de talleres modestos, obreros especializados, técnicos, profesores, etc., que han ascendido del nivel del mestizaje, el cual entraña la unidad de concepto cultural y étnico.

Frente a estos elementos que han logrado cierta prosperidad económica al término de haberse constituido en profesionales y pequeños propietarios urbanos y rurales, crece una clase obrera en los principales centros demográficos de la nación.

Es un movimiento vertical de descenso del rango económico y social del artesano, que se ha proletariado y ha sido absorbido por la masa trabajadora urbana, la cual ha elaborado lentamente una conciencia de clase. Como consecuencia de la formación de ese asalariado cada vez más numeroso por el progreso de las manufacturas y de las industrias de construcción y transporte; así como de los núcleos mineros, se siente su presión política, al paso que prosperan las nuevas doctrinas

encaminadas a destruir los efectos estratificantes de las clases superiores.

El descontento de estas mayorías ante la desigualdad de su situación, ha sido la causa para producir los amplios y profundos cambios estructurales, persiguiendo la mudanza de las instituciones por el concepto de su propia fuerza y el propósito de disponer de ella y usarla en un proceso revolucionario.

La aceleración de esta movilidad en masa, de los estratos inferiores, ha tenido origen en el fenómeno de fosilización de las estructuras, de modo tal, que las numerosas convulsiones políticas de la historia boliviana, que parecieron haber actuado solamente sobre la capa externa de la sociedad, fueron preparando el camino a un cambio de instituciones, para el que previamente se había operado la transformación de los valores aceptados tradicionalmente, hasta cambiar la conciencia de los grupos mayoritarios.

Siguiendo las etapas de una Sociología de la Revolución, según los esquemas de Poviña y Renoir, partió de la estratificación del vivir colectivo que no interpretó el impulso cambiante de los grupos inferiores, hasta el salto súbito que produjera una nueva organización de las estructuras.

En cuanto el poder revolucionario sostenido por las masas, ha controlado el mecanismo jurídico y político del Estado, el gobierno lucha activamente por resolver el problema del «status» de las mayorías, mejorando sus condiciones vitales en el nivel que puede permitirle la situación económica del país. Si son satisfechas las condiciones materiales del pueblo trabajador, se le proporcionarán oportunidades semejantes a las que poseen las clases superiores, para que pueda ascender de nivel cultural.

De este cuadro ceñido al contorno de un esquema puede inferirse que el mestizo ha estado sujeto a una dinámica activa de movilidad vertical. Forma parte de las clases dirigentes en cuanto las condiciones socio-económicas y de cultura le han permitido escalar a ellas. Es también elemento integrante por descenso de nivel, de los estratos populares, particularmente si procede de raíz indomestiza, sitio desde el cual se ubica en actitud violenta de lucha para producir los cambios en la estructura boliviana, que actualmente se halla organizada no ya por el origen étnico, sino en virtud de las condiciones esencialmente económicas que separan a una capa social de otra.



# Panorámica de la Poesía española

**U** NO de los índices más expresivos para estudiar la situación cultural de un país, es, sin lugar a dudas, sus manifestaciones artísticas. Observando la trascendencia de su arte, sin necesidad de echar mano de otros elementos de juicio, podemos definir lo más íntimo de cualquier núcleo humano.

España, bajo este punto de vista, se encuentra en mal momento. A fin de que nadie pueda considerar nuestras opiniones apasionadas o excesivamente pesimistas, recurrimos al testimonio imparcial de diversos observadores que enjuician el problema desde ángulos opuestos.

Don José María de Llanos, opina:

— La vista y audición de estos bailes y canciones que nos multiplican inagotablemente las ondas y pantallas nos dicen demasiado. Nos dicen, por ejemplo, de un estado inaudible de decadencia vital. Y lo más curioso del caso es que toda esta producción contemporánea se destapa en actuaciones donde se siguen tocando y cantando del bello «ayer» sus cosas y sus armonías. No hay desconocimiento; hay una consciente preilección por todo este conjunto de ritmos y berridos ante los cuales nuestra juventud aplaude porque en ellos se encuentra. Son su clima espiritual, su alimento el retrato de su alma.

Hace un breve paréntesis para recordar cosas de otros tiempos y añade:

— Se vuelve hacia lo más remoto y elemental. Desde el vals vienés al chá-cha-chá, desde el mismo chotis al mambo hay todo un mundo de deserciones y atavismos, de hundimientos y traiciones que poco delatados hoy día, llegarán a ser la gran prueba fiscal del mañana, cuando se juzgue de estos decenios...

Alejandro Cano es uno de los críticos que con mayor ecuanimidad suelen ver el movimiento poético español. El nos ha dicho:

— Uno se extraña de que una y otra vez se esté subrayando el buen momento de la poesía española, y más que se afirme que nuestras generaciones últimas marchan a la cabeza. Esta afirmación no tiene sentido, si en un boceto de crítica uno examina a los poetas que oscilan entre las generaciones de postguerra.

Haba de los «nuevos valores» que aparecen cada año; de los nuevos poetas.

— ¡Y vengan valores! — añade —. Nos hablan de «nuestra poesía» y tratan de alimentar el ruego de nuestros momentos poéticos más brillantes, es decir, de acogerse a tres o cuatro estupendos libros de la postguerra, para canonizarlos a todos los poetas. Como se ve, es una posición absurda que puede convertirle a uno en estatua de sal.

Opina que la poesía actual es demasiado concreta, con ecos en tal o cual voz.

— Falta — dice — esa poesía que, atravesada de luces, en la que se refleje la trasvida,

Y termina repitiendo que tendremos que ir a las conclusiones crudas, porque las realidades no dan para más.

Eleonor Paucker, hablando de las distintas formas que tienden a predominar en nuestra poética, ha dicho:

— Hay poesía que no puede tolerar una forma rígida. Los «versos libres» de José Martí, por ejemplo, emocionaron a Unamuno tanto como la poesía de Silva. Las palabras que empleaba Unamuno para describir esta emoción eran fortísimas. Nos dice que le «vibró el espíritu» a causa de la cualidad salvaje de la poesía que resonó en su alma.

Hablando ya concretamente de la forma, Eleonor aduce:

— Unamuno creía que el endecasílabo libre de Martí era la única forma en que se podía expresar una emoción profunda, pues era lo que mejor se adaptaba a la improvisación. Esta poesía convisiva de Martí que tiene sus raíces en la tristeza, le indicó a Unamuno que los cubanos eran capaces de algo más que de la poesía dulce, y de nuevo afirmó su aversión hacia las «coplas dulzarronas, de pura guayaba y sonnete adormecedor», puesto que la poesía, que refleja la vida, no puede existir sin algún sentido del conflicto. El conflicto, tan querido a Unamuno.

La juiciosa editorialista de «Arquero» termina diciendo:

— El enlace de Unamuno con la poesía de Martí era muy fuerte, pues sentía la pena del poeta. Le quería también porque creía que el poeta debía ser hombre de acción y Martí era poeta y patriota. Su poesía era la de un escultor que moldeaba la conciencia de un pueblo.

Don Juan Chacón — que tiene a su cargo el «Rincón poético» de «La hora XXV» —, nos hace primeramente una magnífica semblanza de León Felipe Camino y un elogio de su poesía. A continuación comenta el «Segundo siglo de oro» de la poesía española para acabar hablándonos concretamente de la generación de 1927.

— Forman esta generación — dice — García Lorca, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Vicente Ale-

xandre, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Emilio Prado y Manuel Altolaguirre.

Cernuda sintetizó magistralmente las características de este importantísimo grupo:

a) *Cultivo especial de la metáfora*: La metáfora adquiere en ellos cierto alcance misterioso, aunque, al principio, los poetas de esa generación (especialmente Lorca y Alberti) abusan de las

metáforas voluntarias y efectistas, caprichosas y relumbrantes.

b) *Actitud classicista*: De un classicismo de inspiración francesa (Gide, Valéry); reaparición de la métrica (octosílabos, endecasílabos) y de las estrofas (soneto en su forma ortodoxa), letrillas, romances, etc.

c) *Influencia gongorina*: Una fecha histórica: 1927. Tercer aniversario de la muerte de Góngora. Los poetas de este grupo firman una invitación a celebrar ese aniversario. Góngora influye profundamente en todos ellos.

d) *Contacto con el surrealismo*: El surrealismo, también de origen francés, dió a la palabra poética de este grupo dos rasgos especiales: la rebeldía y el aspecto mágico (excepto en Salinas y en Guillén, que no experimentaron la influencia surrealista).

Su poesía — continúa diciendo — tenía «duende». El propio Lorca, en su famosa conferencia «Teoría y juego del duende» dice que «el ángel deslumbra pero vuela sobre la cabeza de los hombres, está por encima derramando su gracia y sin ningún esfuerzo realiza su obra, o su simpatía, o su danza». La poesía de Lorca tiene «duende». Duende como poder y estremecimiento. Palabra poética estremecida y poderosa. Como tienen «duende» la poesía de San Juan de la Cruz, y la de Jorge Manrique, y la de Antonio Machado. «El duende no llega donde no ve posibilidades de muerte» — dice Lorca —. Y su poesía contaba con la presencia de la muerte.

«¡Ay qué camino tan largo!

¡Ay mi jaca valerosa!

¡Ay que la muerte me espera

antes de llegar a Córdoba...!

Córdoba.

Lejana y sola».

.....  
 «¡Esto es poesía! Aquí hay sinceridad, emoción, belleza y ¡alma! Sobre todo ¡alma!

En España, a pesar de la visión panorámica que acabamos de dejar expuesta, comienza a florecer un gran movimiento poético.

España es país de hondas espiritualidades. Pueblo de héroes, de guerreros intrépidos y reínas guapas que supieron prescindir abnegadamente de sus collares para sufragar gastos de arriesgadas em-

presas marineras... ¡Poesía! ¡Poesía incomparable y genuinamente nuestra! ¡Maravillosa poesía española! De un solo trazo, de un gesto, monosilábica...

Por eso los poetas españoles, para calar el alma popular — para llegar a esa alma ruda pero eminentemente sincera del pueblo —, tienen que llevarle el mensaje exacto de su voz y de su emoción. Nuestro pueblo se aprendió un día de memoria los versos de Rubén. La gente iba a la Puerta del Sol — hace cuarenta años — a comprar «El tren expreso», de Campoamor. Y la «Desesperación», de Espronceda. Y «Gritos del Combate», de Núñez de Arce...

Entonces la Poesía apasionaba. Y se vendían los libros de versos. Eran los tiempos de Juan Ramón, de Villaespesa, de Machado y Salvador Rueda... Poetas que penetraban en los espíritus cultivados y, también, en los espíritus vulgares...

Con esto no queremos decir que ahora no haya poetas. Los hay. Pero de tal modo se alejan los nuevos poetas de la multitud que hoy, si algo vibra en la memoria de la gente, corresponde a épocas pasadas. En cuanto que se habla de poesía surge el recuerdo de «La Marcha Triunfal», «Los Motivos del Lobo», «La Princesa está triste», etc., etc. O de las producciones de Calderón y Lope de Vega. Se habla de las «Doloras», de las «Golondrinas» de Bécquer, de «La canción del pirata», de «El embargo», etc.

El verso libre ha venido a revolucionar la técnica de la versificación. Poetizar en verso libre implica una innovación fundamental de cualidades. Esta modalidad supone un distinto enfoque de los problemas sensoriales y en eso precisamente está la base fundamental de la cuestión. Porque estas emociones — tal vez por demasiado sutiles —, escapan al alma popular que es, en definitiva la cantera auténtica de la temática de todos los tiempos.

El poema clásico, gracias al metro, al ritmo y a la rima se hace geométrico; la dicción se



## EL MEXICO QUE YO VEO

## La casa de la maestra

¿H A estado alguna vez el lector en Comanjilla? Yendo de Silao hacia León, en el Estado de Guanajuato, y aproximadamente a medio trayecto entre ambas ciudades, en un lugar denominado Los Sauces, se encuentra un camino de rancho, perpendicular a la carretera, hacia la derecha: es el camino que va a Comanjilla, que en un tiempo fué Hacienda y ahora es Ejido. Y aunque mucho podría decirse de los cambios que tal mutación trajo a esas gentes, por hoy me limitaré a contar un suceso del que tuve el privilegio de ser testigo y al que cada uno es libre de atribuir el significado que le parezca; a esto sólo añadiré que yo se lo encuentro, y muy profundo, en su aparente sencillez, con profundidad tal que sólo puede medirse por la del alma humana, que es insondable. El caso es que, cerca de la antigua Hacienda de Comanjilla, existe una especie de pequeño valle en el que brotan numerosas fuentes termales, cuyas aguas poseen las más diversas virtudes curativas, que ya eran conocidas mucho antes de la llegada de los conquistadores españoles. Humboldt, naturalmente, tuvo noticia de dichas fuentes, visitó el lugar expreso para analizarlas y dejó en varios de sus libros minuciosa constancia de sus doctas observaciones. Lo que sin duda no llegó a prever el grande hombre es que, con sus actividades puramente científicas, estaba fomentando lo que, andando el tiempo, había de convertirse en un pro-

saico negocio. Pero a esto habremos de referirnos más adelante. Ahora fijemos nuestra atención en los nombres, en los ejidatarios, en los habitantes del lugar, que han de ser los personajes centrales de nuestra historia. Son, por lo general, gente ruda, campesinos ignorantes, horros de libros y de escuela y tan ajenos al mundo que los rodea, que la inmensa mayoría de ellos no han tenido siquiera la curiosidad de bajar a León, que está tan cerca. La sociedad ha sido y sigue siendo con ellos dura e ingrata, con dureza e ingratitud sólo comparables a las de la propia Naturaleza en que viven, formada por una interminable serie de cerros áridos y resecos, cuyas tierras exigen las trabajen con esfuerzos inauditos, desproporcionados al precario y escaso rendimiento que suele obtenerse de ellas. El agua misma, el agua potable, parece huir de los hombres y subido a esconderse entre rocas, muy alto en la ladera de la montaña.

De pronto llegó la prosperidad a Comanjilla. Unos señores de León compraron el pequeño valle con sus fuentes termales, y el blanco edificio próximo, con su espacioso patio y su arquería. Empezaron a aparecer por allí unos hombres extraños, con casco de corcho y complicados aparatos al hombro; se levantaron planos, se trazaron nuevos accesos a la finca. Y para completar el esplendor del gran balneario en gestación, se proyectó un parque.

Llegó la prosperidad a Comanjilla. Y con ella, inevitablemente,

el dolor de los humildes, la angustia, la imposición, el drama. En los terrenos del parque proyectado se alzaban los pobres jacales de los campesinos. Y los jacales tenían que desaparecer, tenían que ser barridos, para que su presencia deprimente y oscura no restara belleza al conjunto, para que la beatífica contemplación de los ricos no se viese turbada por la permanencia de esas barracas que eran como una representación simbólica de la miseria del pueblo, como una acusación muda, pero terca e implacable, dirigida a los poderosos. Fué, en miniatura, un episodio más del inmenso drama universal del progreso bajo el signo despiadado, sin freno y sin entrañas, del utilitarismo avasallador, atropellando inexorablemente los intereses y la voluntad de los de abajo. Se concedió, desde luego, a los campesinos, un vasto terreno, para que levantaran en él el nuevo poblado. Y se les regalaron los materiales necesarios a las nuevas construcciones. Pero nadie pensó que se estaban atropellando brutalmente sus sentimientos, que los viejos jacales, pobres, oscuros y ruinosos, representaban su pasado, su tradición familiar, el recuerdo de sus mayores y la cuna de sus hijos. Todo eso, ¿qué importa? Tenían que salir y salieron. Y al lamentable espectáculo de ese traslado, ese éxodo reducido a unas docenas de familias y a unos centenares de metros, encerraba en su enternecedora modestia, en su resignado silencio, todo el dolor, toda la desgarradora pesadumbre ancestral y atávica de las grandes migraciones de pueblos de la Historia.

★

Yo iba con frecuencia a ver el progreso de las obras. Las nuevas viviendas eran todas iguales, monótonas, casi sombrías, levantadas sin amor, en hileras de una simetría aplastante. No había en ellas nada que rompiera esa uniformidad que parecía empeñada en excluir cualquier reminiscencia artística, todo intento de vuelo de la imaginación. Casitas de ladrillo rojo, sin ventanas y sin chimenea, destinadas a convertirse rápidamente en contrafiguras de los viejos jacales abandonados.

Don Nacho, el « tata », no me vió llegar aquella mañana. Estaba como embelesado en la contemplación de algo extraordinario, sorprendente, inesperado, que a mí también me produjo profundo asombro: en una minúscula plazoleta, en medio del monótono enjambre de viviendas, se alzaba, ya casi terminada, una nueva casa, blanca, alegre, risueña, brillando al sol sus paredes enjalbegadas, flanqueado la puer-

por Prudhón CARBO



ta del frente por dos amplias ventanas. Trepado a un andamio de fortuna, de huaraches y calzón de manta, hirsuta la negra y apretada cabellera, torpes los dedos hechos al manejo del pico y de la pala y ajeno por completo a la admiración que su trabajo despertaba, un improvisado artista se entregaba en cuerpo y alma, con la atención concentrada del párvulo empeñado en resolver el enigma de sus primeros palitroques, a la tarea de enmarcar con pueriles y frondosas guirnales de pintadas flores la puerta y las ventanas del mágico edificio.

— Buen día, don Nacho — dije en voz baja, como suele hablarse en los museos o en los templos. Contestó brevemente a mi saludo, y ambos permanecimos callados largo rato. Finalmente, mis ojos buscaron los suyos y posaron en ellos una mirada en la que el viejo leyó sin duda una asombrada interrogación.

— Pos verá, patroncito — dijo — es que hace días anduvo por acá un licenciado de Guanajuato, y me dijo que el señor gobernador iba a mandarnos una maestra...

Don Nacho, con su voz pausada, suave y cantarina de indio, siguió diciendo muchas cosas más, que yo ya no escuchaba. Una profunda emoción llegaba súbitamente de muy lejos, empañaba mis ojos y ponía un nudo en mi garganta. Las palabras retumbaban en mis oídos como un sordo rumor lejano y confuso de torrente, como el eco imaginario y fantástico de los anhelos eternamente frustrados e inútiles que nacen, se agostan y mueren en el seno de las multitudes, sin hallar la voz que los convierta en grito, en volición imperativa, en imprecación, en trueno... Me sentía aturdido, arrastrado el espíritu por la tumultuosa vorágine de mis propios sueños...

Mientras, para la maestra que había de llegar, de las grandes manos morenas, sarmentosas y sucias de tierra del improvisado artista campesino, seguían brotando flores.

## Panorámica de la Poesía española

cristaliza y verso y estrofa concluyen por ser la cuadratura de una oración amorfa.

En verso libre, por el contrario, sólo el genio del poeta, su inspiración y buen gusto pueden lograr el milagro de la belleza y de la sublimidad.

La Poesía, como todas las artes, se encuentra en período evolutivo. Las generaciones de postguerra se han lanzado a la aventura de buscar formas y temáticas nuevas, sin tener para nada ese claro sentido de la belleza que debe servir de norte a la inspiración. Los que conseguimos alcanzar las últimas reminiscencias de la «generación poética del veintiséte» y pudimos deleitarnos con los giros brillantes de sus estrofas, con sus metáforas resplandecientes y atrevidas, y con esa peculiar «manera de decir» que caracterizó a lo que ha dado en llamarse «Segundo Siglo de Oro» de la Lírica Española, no sabemos encontrarle el «duende» —ese milagro indescriptible en donde se esconde la belleza— a esta modalidad poética que pretende impo-

nerse a costa de temas escabrosos, de audacias sin arte, inexperiencias, publicidad y premios que se repiten a la vuelta de cada esquina.

Nada de cuanto llevamos dicho, no obstante, debe interpretarse como un deseo de refrenar el curso lógico de las cosas. Reconocemos que el Arte, como todo, está sujeto fatalmente a las leyes de la evolución y que el genio debe buscar nuevos cauces para expresar sus ideas de lo sublime. Comentamos un hecho. Nos limitamos a consignar fielmente una triste realidad y afirmamos que hoy por hoy, rodeados de poetas jóvenes y bajo una verdadera nube de libros y revistas de orientación poética, cuando en España se impone la necesidad de hablar seriamente de Poesía son muy pocos los nombres que suenan. Pero se da el caso de que entre esos «pocos» están precisamente los que constituyen el «Segundo Siglo de Oro» de la Lírica Española: Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Aleixandre, etc., etc.

C. Vega Alvarez

# Páginas de la Historia del movimiento obrero español



**Hambre, soluciones estériles.  
La insurrección de Loja**

Se produjeron en diversos lugares de España numerosos amotinamientos de hambrientos; grupos armados intentaron en Zaragoza, en noviembre de 1855, quemar las barcas que conducían trigo por el Ebro; parte de la milicia nacional se unió a los amotinados y la ciudad quedó dos días en su poder; se trataba simplemente de una protesta contra el alto costo del trigo y de la vida en general. Movimientos similares estallaron en Castilla la Vieja, con violentas manifestaciones en 1856. En Valladolid la muchedumbre apedreó las Casas Consistoriales; tres molinos harineros fueron incendiados; en Medina de Rioseco, en Palencia, en Duéñas, Benavente y otros lugares hubo movimientos de irritación popular y diversos desmanes. Esos acontecimientos llevaron al alejamiento de Espartero y a la dictadura de O'Donnell, al cual no tardó en suceder Narváez.

El problema de la propiedad de la tierra, planteado por escritores, teólogos y filósofos desde el siglo XVI, recibió un fuerte apoyo por las derivaciones de la guerra de la Independencia, por las medidas revolucionarias de José Bonaparte, por las concesiones en parte obligadas por las Constituyentes de Cádiz. Esa corriente tuvo altos y bajos, según la orientación de los hombres en el poder, fernandinos o doceañistas, pero en 1837 hubo que declarar de propiedad nacional los bienes raíces, rentas, derechos y acciones de las comunidades religiosas de ambos sexos y sacarlos a pública subasta. Con esa medida se preveía por los legisladores que se beneficiarían los labradores; el clero no resultaría perjudicado con ello, pues conservaba la renta que obtenía de sus propiedades garantizadas por el Estado. En la práctica, los labradores fueron los menos beneficiados con esa transferencia de la propiedad, porque carecían de re-

ursos financieros para comprar las tierras desamortizadas.

Cuando subieron al poder en 1843 los moderados, recuperó la Iglesia el derecho a adquirir por cualquier título definido como legítimo los bienes no enajenados, aunque con el compromiso de ponerlos en venta. El Estado se obligaba a contribuir en cambio al sostenimiento del culto. Cuando volvieron al poder los llamados progresistas, a raíz de la vicalvarada de 1854, se dictó la ley de desamortización general de 1855, obra de Pascual Madoz, ley que al caer los progresistas en 1856 volvió a quedar sin vigor. En 1860 la Santa Sede aceptó finalmente la transferencia total de las propiedades territoriales eclesiásticas a cambio de títulos de la deuda consolidada española al 3 por 100, exceptuándose los edificios y habitaciones del clero regular y algunas propiedades destinadas al uso y esparcimiento de obispos y párrocos. Se entregaron a la Iglesia títulos por

públicamente la necesidad de la obra desamortizadora» (1).

En el verano de 1857 se produjo un levantamiento campesino en Andalucía por efecto directo de la miseria. Se le atribuyó por unos carácter republicano, por otros se dijo que tenía orientación socialista. Tuvo por radio de acción la zona de Utrera y Arahal. Unos 200 hombres dirigidos por Miguel Caro y por el comerciante Lallave de Utrera, reclamaron pan y justicia. Los rebeldes, inermes, fueron alcanzados por fuerzas del ejército cerca de Benaoján y quedaron casi todos prisioneros. Estaba en el gobierno entonces Narváez e hizo fusilar a 95 de los detenidos y otro centenar más fue condenado a presidio perpetuo; una partida rebelde sorprendida en La Carolina fué también pasada por las armas. Tal era entonces, y lo siguió siendo en lo sucesivo, el método para resolver la cuestión social en España.

Dos años después estalló la sublevación en que participó y murió

## por Diego Abad de Santillán

1200 millones de reales, que le proporcionaban una renta anual de 35 millones. A causa de las dificultades del Tesoro, esa deuda no se hizo efectiva desde 1862, pero la memoria de los hombres de la Iglesia española recordó siempre ese convenio y en 1948 el Estado español volvió a reconocerla y hacer efectivas las sumas adeudadas.

En general, la desamortización, la de Mendizábal, la de Madoz, etcétera, dió el fruto opuesto al esperado y perseguido desde mediados del siglo XVIII: robusteció el latifundismo «hasta extremos peligrosos para la economía y el bienestar del país», según el juicio de modernos investigadores, los mismos que escribieron: «la desamortización no cubrió los objetivos principales que se propuso: dar tierras a los labradores pobres en un régimen de utilidad municipal colectiva o de aprovechamiento particular indefinido (a base de censos enfiteúticos), y desintegrar los latifundios surgidos de la entraña histórica y geográfica del país... Para la burguesía la desamortización fué una bandera de combate que compartieron progresistas y moderados. Ella se benefició de este proceso y lo alentó hasta el máximo. Compró tierras desvinculadas de la nobleza, concurrió a las subastas y puso en marcha las explotaciones agrícolas, abandonadas por monasterios y conventos; moderados y conservadores fueron quienes, entre 1833 y 1868, sostuvieron

Sixto Cámara, con ramificaciones en Extremadura y en Andalucía. Se realizaron detenciones en toda Andalucía en busca de los complotados y se llenaron las cárceles. Fernando Garrido fué detenido en Sevilla y vió morir en garrote a su propio delator, que no quiso reconocerlo en rueda de presos; también hubo numerosas detenciones en Alicante.

Las represiones sangrientas no lograron pacificar el espíritu de los campesinos Andaluces, acicateados por el hambre resultante de las sequías tanto como del régimen del latifundio.

En 1861 estalló en Loja, la cuna de Narváez precisamente, una vasta insurrección. Existía en Loja una sociedad que mostraba hacia fuera un carácter humanitario, mutualista, para lograr el funcionamiento legal, pero que tenía un objetivo revolucionario en secreto. Entre los hombres que más se destacaban en esa sociedad figuraba Rafael Pérez del Alamo, veterinario, de tendencia socialista. La situación del obrero del campo en Andalucía, la indigencia persistente en que se encontraba a causa de la concentración de la propiedad de la tierra, y la propaganda permanente que se hacía en torno a sus legítimos derechos y aspiraciones, propaganda en especial verbal, produjeron sus frutos.

(1) «Historia social y económica de España y América», (Barcelona, 1959), t. IV, vol. II, pág. 93.

El 27 de junio se se reunieron en la Campaña de las Solanas varios millares de hombres; se posesionaron de Iznájar, en la provincia de Córdoba, bajo el mando de Pérez del Alamo, después de obligar a la guardia civil a rendirse. Los rebeldes preveían el reparto de la tierra, el despojo de los bienes de los ricos en favor de los pobres. Dominaron en Loja durante cuatro días sin cometer ningún abuso digno de mención. Pérez del Alamo hizo cortar las líneas telegráficas, detener los correos y tomar la pólvora existente y el tabaco que había en los estancos de la ciudad. Al llegar las tropas reales al mando del general Luis Serrano, los insurrectos se dispersaron y alejaron sin combatir. Pero la reacción que siguió a ese levantamiento fué tremenda, de exterminio. No se aplicó, por ejemplo, la misma severidad contra los carlistas, que se distinguían por su ensañamiento, como en el Maestrazgo. Unas 600 personas pasaron por los consejos de guerra; entre los fusilados figuró Joaquín Navarro Ortiz, de Iznájar y cinco más; medio centenar de víctimas fué a presidio; 116 únicamente fueron absueltas. Pérez del Alamo logró escapar a tiempo; se presentó al ministro de Gobernación en Madrid y en lugar de ser entregado a los consejos de guerra y seguramente al pelotón de ejecución recibió ayuda para llegar a Francia. Vivió en ese país hasta que, adelantada la conspiración contra Isabel II, tuvo oportunidad de regresar y combatir en el Puento de Alcolea con un contingente de republicanos y campesinos. Escribió dos años después un libro, «Historia de las revoluciones», en el que narró las experiencias que había vivido; retirado en Arcos de la Frontera, murió en edad avanzada.

● Esbozo de historia social a terminar en el próximo número ●

### SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros: C.C.P. Paris 1350756  
Roque Llop, 24 rue Ste-Marthe  
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL  
Trimestre ..... 2,10 NF  
Semestre ..... 4,20 NF  
Año ..... 8,40 NF  
Extranjero (año) .... 10,00 NF

Extranjero (por avión)  
América del Norte 15,40 NF  
América del Sur .... 19,00 NF

# Arte y Artistas



## Alberto Barret, testimonio artístico del Paraguay

EN la edición de «El Plata» del 5 del corriente, se expone la circunstancia en la que Alberto Barret recrea su obra artística. Una obra comprometida, testimonio de una circunstancia que da trascendencia social a su arte. De raza le viene a Alberto Barret la intención social de su recreación artística. Su apuesto Rafael Barret, fué un precursor del compromiso social de la literatura, que si en alguna zona humana alcanza consecuencia artística, es, indudablemente, en Hispanoamérica. Y nos preguntamos, ¿no es el compromiso social de las artes de hoy, equivalente al compromiso humanista del Renacimiento? ¿Podríamos comprender que el estilo espiritual renacentista sin la relación arte-hombre? Y lo mismo la relación filosofía-nombre, arquitectura-nombre, literatura-hombre, religión-hombre. En realidad, si la historia y la cultura son dependientes del nombre, las manifestaciones históricas y culturales no pueden evitar esa relación social en nuestro tiempo. Inclusive el arte abstracto esta igualmente en esa relación. Si la abstracción matemática no pierde su relación humana, sería absurdo suponer que el arte abstracto la pierde. Decir que no se entiende determinado arte, es confesar que se vive desvinculado de las expresiones artísticas inherentes a la cultura en tiempo y medio determinado.

Los dibujos y acuarelas que Alberto Barret expone en la Galería Andreoletti — diecisiete dibujos y dieciocho acuarelas, según el folleto; hay en él algún error de denominación — son un serio testimonio de una triste realidad nacional. ¿Tendrá el arte algo que ver con esa realidad en cuanto nacional? ¿Es el arte parte de esa realidad? Hasta los impresionistas franceses, la pintura fué expresión nacional; hoy ya no lo es tanto, acaso porque la conciencia nacional se diluye en una superior conciencia internacional. No debe extrañarnos, pues, que, durante la Edad Media, por la inexistencia de realidades nacionales, el arte, pintura, especialmente, fuese una abstracción teológica o mística cuya expresión era la realidad hombre. Acaso el abstraccionismo contemporáneo sea un anuncio de lo que el ruso Berdiaeff llamaba una nueva Edad Media. Esta exposición de ideas generales al frente de una exposición concreta de arte no tiene otro objeto sino advertir que lo que aparece como nuevo, puede no ser tan nuevo en el proceso universal de la cultura y que, muchas veces, lo que se proclama como revolucionario arte, puede tener vigencia reaccionaria,

y ser reaccionario lo que en nombre de arte abstracto se nos ofrece hoy. Sin embargo, suele ser arbitrario clasificar de revolucionario o reaccionario a un arte, por el hecho de circunscribirse a una realidad social o teórica. Entendemos por arte revolucionario, al que desde una realidad social o teórica trasciende la vida del nombre sobre el planeta y arte reaccionario al que desde esa misma doble realidad estanca la vida espiritual del hombre.

No titubeamos en clasificar al arte de Alberto Barret como arte trascendental. Sin embargo, es, indudablemente, un arte ingenuo. Para él, ni la línea ni el color son medios esenciales para la expresión del espíritu, sino al revés, expresada la anécdota, línea y color parecerían adjetivación inútil. Esto se aclara por el hecho de que Alberto Barret es un artista autodidacta, para quien el arte tiene una intención de fondo sin disciplina formal, cayendo en la simplicidad ingenua. Le falta fuerza, y ésta se expresa por la forma. Arte es forma y a través de la forma es como se llega al fondo. No se puede hacer prosa sin sintaxis, como no hay poesía sin ritmo, ni artes plásticas sin punto línea o color y sólo en cuestiones de forma se llega a la auténtica expresión artística, sea el arte comprometido o no.

★ El anecdotario social del arte de Alberto Barret, por falta de disciplina formal, es de primer término, y es una lástima, pues lo que sale a flor de piel de su arte es su angustia, su deseo de captar las cosas para darles calor de vivencia humana, pero técnicamente flojas. Dibuja y mancha con indudable desesperación, como si las figuras tendieran a escaparse de su mundo recreativo. Aprehende al mundo exterior furtivamente, con la misma furia animica con que sus enemigos le apresaron a él por miedo a que se les escapara, con la diferencia de que mientras sus opresores limitan y esclavizan la libertad de expresión, el artista aprehende las formas espirituales para elevarlas a la máxima expresión liberadora.

Es también uno de esos artistas para quien la belleza no es una entidad abstracta, sino una armonía — o desarmonía — de formas. El mundo artístico de Alberto Barret es feo. De su obra se puede decir lo que la anécdota de Picasso refiere, cuando un grupo de oficiales alemanes le preguntaba mientras miraba la obra del artista, «Guernica»: «¿Y esto lo hizo usted?» «No.—replicó el pintor.— Esto lo hicieron Uds.?» Ante los dibujos y acuarelas de Barret, si se le pregunta lo que

a Picasso, podría decir: «Toda esa infrahumanidad que reflejan mis dibujos y acuarelas son obras de las tiranías paraguayas, desde el doctor Francia hasta el general Stroessner». En ese sentido, Barret es veraz, de una veracidad agobiante. Su obra nos descubre, con amargura de hombre tanto como de artista, la obra tiránica, destructora de la personalidad paraguaya, hasta el grado de que el paraguayo no puede vivir sino en la cárcel o en el exilio, o en peligro de perder la libertad o la vida; (en esto se parece a hombres de otro pueblo de igual estirpe: al pueblo español).

Las denominaciones que Alberto Barret emplea para clasificar su obra, evidencian un realismo intencional. Así lo hizo también Goya, pero el genial baturro nos da la sensación de que la denominación la hizo a posteriori. Primero creaba un mundo a su imagen y semejanza y luego, como un dios bíblico, lo clasificaba. Su intención, más que social o histórica, era genética. No así los artistas comprometidos con una circunstancia de la vida de su pueblo, más el artista, si por su limitación creadora no es capaz de comprometerse con la tónica esencial de su pueblo, bueno es que se comprometa con una circunstancia particular.

Es el caso de Alberto Barret.

Sus dibujos «Maternidad», «De taena», «Paraguayito», «Sin familia», «La no resignación», y las acuarelas «El peonito», «Generaciones», «Niño de la calle», «Huye en la sombra», «El pan de cada día», son testimonio de un realismo accidental hijo de la desesperación, ante la injusticia. Esa no es la obra esencial de Alberto Barret sino de la tiranía. La de Barret, si supera la etapa trágica de su vida de hoy: su huelga de hambre y sed, que esperamos nos lo devuelva con energía vital, su obra la creará luego, cuando discipline su hacer formal, cauce de un fondo evocador de la substancia de su pueblo. Porque eso sí, que no se nos evada de su *realidad ambiente*, los evadidos suelen ser traidores, y el arte es consecuencia y lealtad del artista consigo mismo y con su pueblo. Y éste el auténtico y creador compromiso del arte. Si releemos unas páginas de Rafael Barret, comprobamos la lealtad y compromiso de su literatura con el dolor paraguayo, pero fundamentalmente en cuanto al hombre, y eso es lo que deseamos de su nieto Alberto Barret, que por encima de los accidentes de lugar y tiempo, su obra, responda al imperativo humano, circunstancia de eternidad.

F. FERRANDIZ ALBORZ  
Montevideo.



«París» en el Parc du Luxembourg

# La historia hispanoamericana y la vida de Garcilaso el Inca

**G**ARCILASO — la América mestiza — polariza igualmente dos momentos del tiempo como historia: pasado y futuro. La desventura del mestizo está en que su presente es un caos. Es el hombre desorbitado que vive entre dos irrealidades: el pasado, cuya razón de ser ha fealdado con violencia, por mucho que subsista en fragmentos y se prolongue indefinidamente, sin desaparecer del todo, y el futuro, que pugna por llegar a ser (Manco II, Túpax-Amaru), sin poder serlo todavía.

El pasado para Garcilaso es el incanato, que cae estrepitosamente. Y no le queda otra cosa que ser un descriptor emocionado de las ruinas. Mas para iniciar el orden sobre el caos social, sobre las ruinas, se levantan, ahora, en el Cusco, retadores ante sus ojos de desterrado (en España) templos y santuarios, conventos y mansiones señoriales, por cuyas moles y resquicios sonreirá el futuro en la mueca de la quimera decorativa, en el capitel mestizo, en la flor montuna de la fachada que construye el artista indio, quien, como Garcilaso, fuga de su pasado autóctono para sumirse y crear en el campo del arte, de la América nueva, donde está su liberación momentánea en el arte, que sirve también para llegar y conocer la verdad. Pero ni así el presente se constituye racionalmente, con justicia. Porque el presente colonial, cuando vivo Garcilaso, acaba hasta hoy mismo, es la amalgama entre el pasado incaico, aunque maltrecho y derrumbado, que subsiste por la costumbre, y el pasado español. Pues España volcó sobre América su pasado más afortunado y característico: su sistema feudal, su religión intolerante, sus instituciones más reaccionarias, que le fuerzan al aborigen para que los asimilen y reconstituyan, cuando ellos, los autóctonos, tenían su pasado propio y que por la Conquista había perdido su razón de ser.

Garcilaso mismo no pudo sustraerse del todo a la contradicción. El presente es para él el caos, porque es el reino de lo injusto, de la esclavitud y de la servidumbre. Por un lado, destrucción de la estructura fundamental de los modos de producción de los bienes materiales, base de la estructura y del desarrollo de la sociedad incaica, de su unidad histórica; por el otro, disputa del botín, despojo de la tierra, tributación ominosa, nueva estructura social basada en la propiedad privada, la libertad para los conquistadores y sus descendientes y la servidumbre para millones de hombres conquistados. Latinaje del doctrinero que se involucra en el idioma del aborigen, idioma sin medios de expresión para la teología y la escolástica; retórica gongorina del «Lunarejo», barroco hispano-indígena, pinturas de infier-

nos truculentos, de Cristos estebados, de Virgenes bezudas como la chola. Caos que para devenir en presente, sea en el arte plástico o en la teología — ya no digamos en las relaciones de producción semifeudal — tiene que valese de medios deformantes, como la ironía, el sarcasmo, la rebeldía misma. De otro modo es pasado incaico que se desmorona a pocos — de lo que quedó de la Conquista — o empaque triunfante del pasado español, que también debería perecer. Por eso, todo « presente », mejor dicho, toda cultura valiosa de América, que no sea la simple imitación de ambos modelos, de los dos ingentes pasados, tiene que valerse de la violencia social empleada por indios (nuevos indios) y mestizos, desde la Colonia: el humorismo, violencia de los artistas; la revolución, violencia de las ideas y de los hombres de acción.

Garcilaso, hijo del caos, de dos pasados, que a la postre le oprimen, no puede seguir viviendo en « Cosco », no tiene por salida más que dos caminos: la rebelión, como idea o como acto, o el servilismo, la adhesión pasiva a lo irremediable. Su salida la encuentra en la fuga, en el viaje a España, en el ostracismo de la tierra nativa, donde el caos tiene peso de montaña. Allí traslada aquella su infancia, y éste su juventud coscovita, peruanas, americanas, tan tormentosas por las contradicciones sin solución inmediata.

En los campos de Europa se despierta su impulso marcial, se le enciende su sangre de indio (nuevo indio) y guerra, puede decirse, por deporte. Pero en aquella España encarnada en el « Quijote », humorista, demolidor del caos español (caos en el tránsito de la economía agraria feudal a la sociedad industrial, a partir del Renacimiento), del « Quijote » que con su locura (supervivencia del pasado) deforma la ya ridícula y decadente sociedad feudal, que todavía ostenta sus molinos de viento, que semejan gigantes de ficción, que ofrece bacías de barbero como yelmos de guerreros o titeres, cual si fueran jinetes moriscos y, a la vez, anheloso y razonable por una sociedad con justicia y verdad para los humildes, para los desamparados y demás víctimas de « follones y malandrines » que viven a expensas ajenas, val-

gá decir, como los poseedores de los desposeídos. Cuando Alonso Quijano salía por los campos de Montiel, la edad de Garcilaso ya frisaba con los sesenta y cinco años; el Inca también acometía su obra de rebelión contra el caos de su mente.

Encuentra en España el campo propicio para la solución de sus dilemas, ya que no de sus angustias económicas ni de su reclamo de los derechos de su madre, que lo esperaba en « Cosco ». Como buen hijo de la Chimu-Ocillo, busca el triunfo, la forma de salir de aquel caos que los agobia. Lo consigue, no en los campos de batalla — que eso no tenía finalidad para él — sino en el de la idea, y produce su obra « Los comentarios reales de los Incas ». Se siente « Inga » y como « inga » letrado no puede hacer otra cosa que revelar el pasado incaico, poner su historia en orden y armonía, descubrir su organización social y económica, su moral, su religión, sus costumbres, con la intuición certera de un sociólogo y el brillo y la fluidez de un artista, para enfrentarlo ese grandioso pasado incaico a España y cumplir de ese modo su liberación, por la autocritica de su tierra materna. Por cierto, no enfrentarla a la España de los obreros artesanos, valga decir, de lo más valioso del pueblo, que arrancan desde la Edad Media, todos ellos asociados en « gremios », centros de rebelión de donde partían los tumultos que servían para conseguir « fueros » igualitarios y de contenido democrático de parte de aristócratas y de monarcas absolutistas, mantenedores de las « jerarquías » celestes y terrestres; no a la de los campesinos, solidarios en la « comuna », como los de las « germanías » de Valencia, dirigidas por Juan Lorenzo (siglo XVI); la de Fuenteovejuna (1476), contra el comendador Fernán Gómez de Guzmán; los « comuneros » de Castilla, contra el régimen de Carlos V, en fin, que todos luchaban, derramaban su sangre, perecían en el patíbulo por reivindicarse de su miseria, porque la tierra, así fuesen unos pedazos, sea de quien la trabaja, porque el siervo tuviera un poco de libertad y gozara de alguna igualdad; no contra el pueblo español, que siempre luchaba contra la voracidad de la aristocracia feudal. Para enfrentarla no a la España simbolizada por Don Quijote, que luchaba también, a su manera, con « locura », a veces, con lucidez, otras, por su ideal de ser hombre esforzado, heroico, generoso y de verdad limpia y noble, en favor de los desvalidos, de los huérfanos, de los miserables y en homenaje a su pasión de hombre que pisaba la tierra: su amor puro por la campesina que para él era reina, princesa, duquesa de la hermosura, esti-



por José URIEL GARCÍA

mulo para sus hazañas; y luchaba contra los « encantadores » de toda laya, encarnación de la mentira, de la sociedad decadente, del pasado carcomido; ni siquiera para oponerse a la España del buen Sancho, sorbiendo la espumilla de las bodas de Camacho, bocado deleitoso e ideal para el campesino hambreado de las tierras de Castilla, en poder de pocos Camacho, como « El Rico ».

Mas sí, la obra inmortal de Garcilaso se enfrentaba contra la vieja España, la de las Cortes reales, donde priman y privan Buscones y Celestinas, Ginesillos de Pasamontes, Rinconetes, Cortadillos y Gil Blases, trajeados de magnates de Corte, de nobles engolillados, de corregidores fastuosos, que tendrán por ideal una encomienda de indios en América.

Ya en la tarde de su vida, de esas tardes que muchas veces son la solución risueña del día borrascoso, contempla desde lejos el panorama de la madre que no deja de enternecerle, que no sólo es la madre, sino la tierra peruana, americana, con esos horizontes que dilataron su emoción de niño, con esos campos soleados de las serranías del Perú, que los evoca a lo vivo en las páginas de su libro. Entonces por esas páginas apasionadas desfilan incas suntuosos, imágenes de dioses resplandecientes de oro, momias de los antepasados que conviven y superviven, todo con igual majestad que las montañas, que los ríos, que las nubes, con igual resplandor que el sol o con el mismo impetu que el viento americano. ● Pasa a la página 16 ●

# Para un esquema de las contradicciones políticas

MARX. EL ESPIRITU CIENTIFICO Y LA PASION POLITICA

**P**ERO mientras el irracionalismo cumplía su tarea, el racionalismo operaba por su parte. La historia contemporánea de este esfuerzo por dar a la política un contenido científico, racional, podemos iniciarla con el nombre de Darwin, que no fué precisamente un político. Su nombre se vincula a la política debido a un equivoco. El llamado darwinismo social no es obra de Darwin. Es una creación de sus intérpretes. Una infeliz creación que dió motivo a lamentables confusiones hoy claramente rectificadas. De su teoría evolucionista algunos intérpretes extrajeron el lema vulgar de la lucha por la vida. Este lema compaginaba con el de la voluntad de dominio, como justificación empírica y racional de la irracional consigna romántica. Darwin empleó el término lucha, pero no en el sentido que se le dió. El real sentido de la palabra surge del hecho que ella designa y no de lo que sus intérpretes han dado en imaginar. El mismo Darwin se vió en la necesidad de aclarar esta circunstancia, pero ya era tarde.

Lo que ocurrió fué un caso más de torsión del lenguaje. Jorge Nicolai, al tratar este punto en su obra «Miseria de la dialéctica», advierte que la palabra «struggle» en inglés carece del sentido combativo que suele tener la palabra lucha en español. En efecto, el «Diccionario etimológico» inglés de Chambers habla de «esfuerzo violento, gran labor y agonía»; así la lucha por la vida significa el esfuerzo por vivir. Kropotkin y Novicov se encargaron de aclarar y precisar el concepto darwiniano. Y en la actualidad no hay persona medianamente versada en la literatura científica que no reconozca la confusión en que cayeron los mal llamados darwinistas sociales, pregoneros belicosos de la «struggle for life». No se salvó de esta confusión, Pio Baroja, quien en su «Tablado de Arlequín» dice: «No creo que haya nada tan hermosamente expresado como esta teoría de Darwin a la que denominó él, con una brutalidad shakespiriana «struggle for life», lucha por la vida». Según Pio Baroja, en esta lucha cada uno de sus participantes «tiene que defenderse o morir. Se defiende y mata; está en su derecho». Baroja, como tantos otros, no concibe que en esta lucha defensiva de las especies tenga mucho que ver la ayuda mutua y el instinto de cooperación (1).

Si destacamos el nombre de Darwin en este esquemático panorama de la cultura política es también a título simbólico. Porque a pesar de la orgía romántica dominante, la ciencia y la política firman una especie de armisticio aunque vergonzante; y Darwin asume, sin sospecharlo, el papel de gran embajador parlamentario. Digamos, de paso, que los primeros contactos no fueron muy felices en cuanto a su inmediata eficacia. Nació una especie de retórica sociológica sobre la base de hormigueros y panales,

(1) Herbert Read, en su obra «Anarquía y orden» (página 220, edición de Americana, Buenos Aires, 1959), plantea el mismo problema y lo resuelve en el mismo sentido que indicamos.

por Luis Di FILIPPO

como si fuese posible reducir la naturaleza humana a una escueta existencia biológica inferior. Pero el gran mérito de esta actitud mental fué el volver a traer la filosofía de las nubes a la tierra; el de ponerla en contacto con el pensamiento científico.

El más significativo exponente de esta toma de posesión fué Carlos Marx, coetáneo de Darwin. Marx realizó la gran empresa intelectual de fundamentar en razones científicas su filosofía política. El pretendió echar los cimientos de lo que Engels llamara su socialismo científico. Pero Marx no pudo sustraerse del todo a su herencia romántica hegeliana. Y mientras por una parte sometió a un riguroso método racional su teoría política, por otra parte la practicó en discordancia con su posición crítica. Fué un científico como pensador, como teórico, como filósofo y sociólogo; pero fué un romántico como hombre de acción; fué pasional, él también, como político revolucionario. Mannheim ha dicho con gran sagacidad que «el propósito revolucionario impide que la racionalidad se vuelva absoluta». En este sentido, el concepto de la lucha de clases fué el talón de Aquiles del racionalismo científico marxista. El espejismo de la revolución, el ejercicio de la violencia, el sentido pasional de la guerra civil, todo eso fué una especie de claudicación ante el demonio de lo irracional que el espíritu belicoso involucra. Marx, como se sabe, fué discípulo de Feuerbach. Y éste, tras grandes esfuerzos por destronar a Dios de la conciencia humana, acuñó la frase contradictoria: «La política debe ser la religión del porvenir». Esta consigna resultó fatal para Marx, pues implicó una fisura en su mentalidad científica; por esa fisura penetró el temido veneno irracional que tanto combatieron Feuerbach y Marx. Esta es otra de las grandes contradicciones que podemos registrar en la historia de la política. El socialismo naciente, de científica concepción teórica, se convirtió en par-

tido político. Y el espíritu de partido, que es de militancia, se empuñó en espíritu de secta, con todas las características psicológicas, a menudo morbosas, del sectarismo más intolerante y agresivo. De la verdad científica se llegó a la verdad dogmática. Cuando Marx concibió la posibilidad de la conquista del Poder, en aquella época de gran actividad subversiva, vendió su alma científica al demonio romántico. El Poder es gran tentador. Ya Helvetius había demostrado que el hombre es por naturaleza intolerante, ya que el amor al poder es una potencia fundamental del alma, y que la intolerancia política es una consecuencia del amor al poder. Todo esto lo resumió, con mucha elegancia retórica, Fernando de los Ríos, cuando dijo que «el Poder tiene dimensiones tan absorbentes que a quien seduce con sus atractivos le estimula, no por el aguijón del espíritu templado en la crítica, que es el que hablaba a Sócrates desde dentro, sino por las pasionales y embriagadoras voces maléficas de las brujas que arrastran a Macbeth hacia el crimen».

Es claro que si fuésemos a juzgar la excelencia de una posición de lucha desde el exclusivo punto de vista del éxito, no cabe duda de que estuvo más en lo cierto el Marx político que el Marx científico. Pero no debemos olvidar la circunstancia de que Marx aspiró a lo que él llamó un «humanismo científico» y que postuló una teoría liberadora del hombre. Todo este repertorio de ideas humanistas, de un nuevo humanismo, se asfixia fatalmente en la atmósfera caliginosa de las luchas pasionales, porque allí donde la pasión actúa salen a flote, triunfalmente, todas esas fuerzas irracionales incompatibles con una realización científica de la historia.

Este hombre de ciencia, este creador de un socialismo científico, este agudo analista, fué víctima de su demonio pasional. El inauguró, en el naciente movi-

miento internacional proletario, el capítulo de las excomuniones. Cumplió la profecía de su maestro: la política será la religión del porvenir. Una de las primeras víctimas del nuevo Calvino materialista fué Pedro José Proudhon. No vamos a detenernos sobre la extraordinaria personalidad de este francés. Pero no podemos sustraernos a la necesidad de recordar un episodio muy significativo. Marx entabló contacto epistolar con Proudhon para atraerle a su círculo de amigos. Pero Proudhon respondía con mucha cautela a los requerimientos del nuevo profeta. Hasta que, el 17 de mayo de 1846, Proudhon escribe a Marx una carta en la cual le expresa: «Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, el modo como esas leyes se realizan, el progreso según el cual llegamos a descubrirlas, pero — ¡por Dios! — después de haber demolido todos los dogmatismos a priori, no soñemos, a nuestra vez, con adoctrinar al pueblo; no caigamos en la contradicción de su compatriota Lutero, quien después de haber destruido la teología católica, se puso en seguida, con el refuerzo de anatemas y excomuniones a fundar una teología protestante. Desde hace siglos, Alemania sólo se ocupa de destruir el revoco hecho por Lutero; no demos al género humano un nuevo trabajo con nuevos amasijos. Aplaudo, con todo mi corazón, su pensamiento de someter un día a examen todas las opiniones; sostenemos una buena y leal polémica; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previosora; pero, porque estamos a la cabeza del movimiento, no nos convirtamos en los jefes de la intolerancia, no nos situemos en apóstoles de una nueva religión, aunque ésta fuese la religión de la lógica, la religión de la razón. Acojamos, animemos, todas las protestas; pronunciémonos contra todas las exclusiones, contra todos los misticismos; no consideremos jamás agotada una cuestión, y cuando hayamos llegado al último argumento, recomencemos, si es preciso, con la elocuencia y la ironía. Con esa condición entrará en vuestra Asociación; si no, ¡no!». En la misma carta, Proudhon le discute a Marx ciertas ideas de éste relativas a la acción revolucionaria: «Tal vez conserva usted aún la opinión de que no es posible reforma alguna sin un golpe de mano, sin eso que antes se llamaba una revolución, y que no es más que un estremecimiento... Creo no tenemos necesidad de eso para triunfar, y que, en consecuencia, no debemos considerar la acción revolucionaria como medio de la reforma social, porque ese pretendido medio sería

# Para un esquema de las contradicciones políticas

simplemente un llamamiento a la fuerza, a lo arbitrario; en una palabra, una contradicción...» (2). Y la contradicción era evidente. Pues el científico Marx creía en la virtud mágico-política de la violencia, con lo cual asumía una actitud más propia de un desdenado utopista que de una mentalidad científica. En cambio, Proudhon — luego, desdenosamente calificado por Marx como utopista — estaba más en el plano científico del sociólogo que en el utópico del político. Proudhon ya estaba de vuelta de la fe romántica en las revoluciones y de las milagrosas consecuencias inmediatas de la conquista del Poder como medio de transformación social. Proudhon tenía ante sus ojos el ejemplo de la Revolución Francesa como lo tenía también Marx. Pero a uno y a otro aquella aventura política sugería ideas muy distintas. Muchos años después, en 1907, Landauer escribió su obra «La Revolución». También tuvo presente el ejemplo francés; y estampó estas reflexiones tan actuales cincuenta años después: «No nos engañemos más, actualmente los países han llegado a tal punto que las agitaciones revolucionarias, a juzgar por sus resultados, no sirven más que para ensanchar la esfera de poder nacional capitalista que llamamos imperialismo: las conmociones revolucionarias, aun cuando originariamente estuvieran teñidas de socialismo, han sido encauzadas con facilidad hacia la corriente de la política por cualquier Napoleón, Cavour o Bismarck, porque todas esas insurrecciones fueron de hecho simples medios de revolución política o de la guerra nacional, pero no medios de la transformación socialista, porque los socialistas son, en realidad, románticos, que se sirven de los medios de sus enemigos y que no emplean ni conocen los medios para la realización del nuevo pueblo y de la nueva humanidad».

Marx no le perdonó jamás a Proudhon tal espíritu de independencia; y cuando el francés publicó su «Filosofía de la miseria», Marx lo refutó en un volumen, de agresivo estilo panfletario, titulado «Miseria de la filosofía». Claro es que el antagonismo Marx-Proudhon no radica tan sólo en una especie de conflicto entre temperamentos y humores discrepantes. Proudhon, en el movimiento socialista, es el campeón del federalismo y la descentralización. Marx no tenía al respecto ideas muy definidas, pero terminó por auspiciar un Estado centralizador y una dictadura de la clase obrera. Mas como en la concepción primigenia de su nuevo humanismo hablase de la liberación del hombre y de la extinción

del Estado, resolvió esta radical contradicción lógica advirtiendo que tanto la dictadura como el Estado que había de imponerla, existirían a título transitorio. Pero se cuidó mucho de señalar si la medida del tiempo la concebía con criterio biológico o geológico. La historia se encargaría de resolver este problema. Mas lo evidente es que hablar de transitoriedad con respecto a las instituciones políticas supone un juego de palabras, pues siendo el de la historia un proceso dinámico, nada hay, ni puede haber, de eterno, permanente y estático en las creaciones sociales.

Los discípulos de Marx recogieron del maestro la herencia política del Estado dictatorial y de la centralización unificadora. Pero lo sorprendente del caso no es esto, sino que recogieron también el espíritu agresivo de intolerancia del maestro como un legado psicológico, creando así un curioso fenómeno de mimetismo mental. De este modo, poco a poco, el presunto socialismo científico viene a parar a un credo dogmático. Y aunque parezca absurdo, en esta contradicción cada vez más flagrante reside la eficacia catequista del dogma revolucionario. El éxito político del marxismo está en relación directa con este aspecto irracional de su fuerza expansiva. En pos de este impulso de poder, hasta el tópico de la libertad desaparece del repertorio teórico de la propaganda, a tal punto que Lenin arroja la máscara con enérgico desenfado cuando afirma que «la libertad es un prejuicio de pequeños burgueses». Este prejuicio no desaparece, en verdad, del todo, quizás en virtud de su permanente prestigio y de su obstinada vitalidad, pues aún lo cultivan, en sus metáforas líricas, algunos poetas comunistas como Neruda y Aragón. El buen marxista pensará, sin duda, que se trata de oropeles retóricos tan pasatistas y de mal gusto como las flores de papel pintado que adornan los altares de los templos.

Vió claramente la situación, entre otros, Ortega y Gasset cuando en una resonante campaña política de la cual participara en España, en el año 1914, afirmase que en aquellos momentos, el movimiento socialista y el sindical eran «las únicas potencias de modernidad que existen hoy en la vida pública española, y con las cuales nosotros nos confundiríamos si no se limitaran, sobre todo el socialismo, a credos dogmáticos con todos los inconvenientes para la libertad que tiene una religión doctrinal». Esto lo decía Ortega antes de la revolución rusa, mucho antes de que el partido marxista, instalado en el Poder llevase a términos superlativos esta tímida religión doctrinal de que hacían gala los socialistas españoles.

La gran incongruencia del mar-

xismo consiste en que dió proyección social y universal a la que fué íntima contradicción personal de su máximo profeta. Como el mito de la Hermes griega que jalónaba los caminos del Lacio, donde fué adoptado, Marx se nos aparece como un genio bifronte: tenía un cerebro científico, pero un alma fáustica; una razón analítica y un espíritu teologal; pero en este conflicto dialéctico, el hombre de ciencia obedeció al impulso ciego de su voluntad de dominio; y una vez más, cuanto hay de irracional en el hombre tuvo a su servicio cuanto éste tiene de racional.

No debe sorprendernos entonces, que la violencia siga siendo la grande y trágica hacedora de la historia. La filosofía renacentista de Maquiavelo, la romántica de Nietzsche y la muy moderna de Marx, están fuertemente unidas a la apología de la violencia tan grata a Jorge Sorel, quien hace apenas medio siglo afirmaba que «la idea de la huelga ge-

neral, engendrada por la práctica de las huelgas violentas, implica la concepción de un cataclismo irremediable. Hay en ello algo espantoso, que aún lo parecerá más cuando la Violencia se adueñe en más amplias proporciones del espíritu de los proletarios. Pero, al acometer una obra grande, temerosa y sublime, los socialistas se realizan sobre nuestra sociedad ligera y se hacen dignos de enseñarle al mundo los caminos nuevos». Pero estos caminos nuevos de la lírica prosa de Sorel son tan viejos como la historia del hombre, cuyo primer capítulo heroico lo escribió, garrote en mano, nuestro hermano Cain, allá en el nebuloso amanecer de la convivencia humana.

Ha de haber sido esta visión pavorosa de nuestra existencia la que le hizo decir al trágico alemán Hebel que «la historia de la humanidad me hace, a veces, la impresión de que es el sueño de un tigre».

LUIS DI FILIPPO

## Garcilaso el Inca

● Viene de la página 14 ●

En « Los comentarios » Garcilaso hace del Incanato un pasado grandioso pero fenecido, así sea por la fuerza de la Conquista. He allí su liberación y su rebeldía, su visión de la historia, la que tiene por una de sus leyes fundamentales la acción determinante de los medios de producción sobre la estructura y el desarrollo de la sociedad, en este caso del presente y del futuro del historiador inca. En este aspecto ha salido del caos y ha aceptado el presente como una acción creadora — en su caso — creadora de una obra de arte y de análisis histórico, como bases para el futuro. Sólo que no se fijó, por amor al padre — quien, por su alcurnia estaba solidarizado con los más rancieros linajes hispanos — que igual destino le cabía al pasado español, que en América, más que todo, subsistía con fuerza, como flor marchita que revive con el trasplante, remozado, si cabe. Por eso, en la segunda parte de « Los comentarios » vuelve al asfixiante y caótico ambiente de la época de sus deudos españoles, que al Perú lo conquistaron y lo dividieron en poseedores y desposeídos, que hicieron de la rama materna (toda la tierra cusqueña), parte del botín.

Y lo que hizo Garcilaso, reconstituyendo con belleza y a lo vivo la historia del pasado incaico, como si fuera ascua amenazante para consejeros de Indias, para verdugos como Toledo o Areche, para doctrineros y corregidores rapaces (vencida por él y para él la contradicción), que nos sirve de ejemplo para que así América reconstruya toda su historia, viniendo a su vez el extremo hasta hoy incompatible para mestizos e

indios y hasta para criollos, que no sean éstos los explotadores del siglo XVI. De la armonía de los contrarios, ganados, superados, por la justicia, y la razón nacerá la nueva América, la que siga las huellas de Garcilaso liberado del caos (aunque sólo en uno de sus extremos), pero de ninguna manera de la preeminencia del extremo invicto. Nacerá el presente americano, liquidando el pasado, alimentado por la supervivencia de la conquista, el presente americano que debe ser el de la felicidad, no sólo del continente, sino de la humanidad entera. Incas y conquistadores, historia incaica e historia española, deben ser pasado fenecido.

Garcilaso fué una solución para sí mismo. Falta la solución para millones de hombres que en su época pusieron su fe en el hijo de Isabel Chimpú-Ocillo, cuando le encomendaban constantemente « Memoriales » para que gestionara ante la Corte a fin de conseguir un poco de libertad y de merecer como un don de los monarcas hispanos las pocas tierras que les quedaron, que se las disputaban encomenderos y demás terratenientes. Falta asimismo la solución para millones de hombres de la posteridad de Garcilaso, para su emancipación, ya no en el campo del arte y de especulación histórica, sino como reivindicación económica, de la injusticia y servidumbre mantenidas desde la Conquista, para constituir una sociedad sin señores y sin siervos, sin terratenientes y campesinos sin tierras, sin explotadores ni explotados. Incluso para reivindicar debidamente la memoria de Garcilaso.

JOSE URIEL GARCIA

(2) Tomamos la cita de Landauer, de « Caminos de utopía », de Martín Buber, Breviarios del F. de C. México, 1955, pág. 74.

# LOS VALORES HUMANOS

por  
L. Guezala Gochi

De la Teocracia a la Tecnoocracia — Religión. — Ciencia. — Progreso. — Materialismo. — El porvenir del mundo

## TEMOR Y ANGUSTIA

**E**L alma del hombre primitivo estaba llena de temores y de angustia. Temor a las fuerzas oscuras de la Naturaleza. Temor a los animales feroces y a los reptiles. Temor a la divinidad supuesta y escondida. Temor a sus propios sueños agoreros... Y la angustia sangraba en su corazón como una fuente desesperada e inagotable. ¿Qué haría el hombre entonces sobre aquel extraño fragmento del planeta en que se veía obligado a luchar rudamente para conquistar el sustento indispensable para subsistir?... Comenzó por crearse sus dioses, que imaginó todopoderosos, para pedirles protección y amparo.

¡Tenía que existir algún genio, creador e inmortal, que hubiese levantado el formidable escenario del universo! ¡Tenía que existir un dios omnipotente!... Y se lo imaginaba de los más fantásticos y diversos modos, dando origen a las más absurdas e ingenuas mitologías. Entonces comenzaron a surgir los brujos, los magos y los sacerdotes, que llevaban la voz de la divinidad por las distintas tribus perdidas en la inmensidad de la Naturaleza virgen. «Es fácil ver — dice Wells — cuán importante llegó a ser en este mundo neolítico primitivo, el hombre de conocimiento y experiencia, el hombre que sabía de los sacrificios sangrientos y de las estrellas». El sacerdote primitivo, más que religioso, era hombre que resumía el saber de su tiempo y lo guardaba celosa y egoístamente ante todos los demás, para no perder su prestigio y su poder mágico.

## RELIGION

La religión es un sentimiento de impotencia, una emoción de pequeñez, de insignificancia, ante la grandeza maravillosa y múltiple del universo. El hombre se entrega en manos de la divinidad para que lo salve de su nada, para que le tienda una «escala de Jacob» con que subir al cielo, para que le marque un destino de luz entre las sombras de su pobre ignorancia, para que le consuele en su angustia, en sus dolores y en sus miserias. En los tiempos primitivos, el templo dominaba a vida de los pueblos: «En Sumeria era un templo en forma de torre con salida a una azotea desde donde se observaban las estrellas. En Egipto, el templo era una construcción con sólo un piso bajo. En Sumeria el sacerdote gobernante era el más

grande y más espléndido de los seres. En Egipto existía una persona que estaba por encima de los sacerdotes: era la encarnación viviente del Dios Supremo de la región, el Faraón, el Dios Rey.» (H. G. Wells, «Breve Historia del Mundo».)

Había una extraordinaria variedad de dioses en aquellos pueblos antiguos. Aún en la India subsiste hoy una multiplicidad de religiones primitivas. Claro está que, en los tiempos de las conquistas, aquellos dioses chocaban entre sí, y, o se agrupaban e identificaban, o desaparecían. Entonces, los sacerdotes, a fin de no perder su adquirido prestigio, decían a sus pueblos que eran el mismo dios bajo advocación distinta. Pero, en ocasiones, los dioses eran de tan contraria condición, que su fusión resultaba imposible. En aquella difícil situación, un dios femenino, por ejemplo, podía casarse con un dios masculino; y un dios animal o astronómico podía humanizarse o convertirse en un bello símbolo, o en un adorno espectacular. «La Historia de la Teología — dice el mismo Wells — está llena de tales adaptaciones, compromisos y racionalizaciones de los que un día fueron dioses locales». También había entre los egipcios sus dioses oscuros y malos, «devoradores, tentadores, enemigos de los dioses y de los hombres»...

Poco a poco, con los grandes imperios, fueron eliminándose los dioses locales, para que hubiese un solo dios general. En esos momentos de unificación de dioses, tras de muchos milenios de dioses menores y monstruos, fué cuando los profetas hebreos proclamaron un Dios de Justicia para toda la tierra. Y los hombres se encontraban ya dispuestos para recibir la nueva doctrina.

Toda la vida de aquellos lejanos tiempos giró en torno de las divinidades, constituyendo la verdadera época teocrática, hasta el advenimiento de la que pudiéramos llamar «democracia cristiana». «Amaos los unos a los otros»... «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» — dirá Cristo luego —.

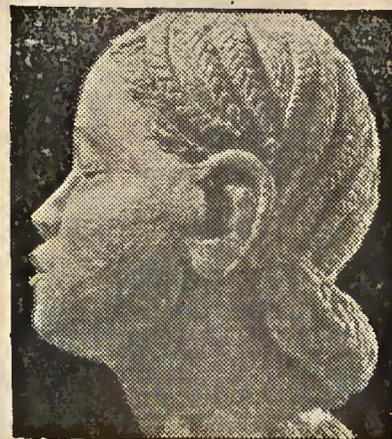
« Todos los hombres son hermanos »... Y no hay razón alguna para que no puedan tener los mismos derechos ante la vida humana.

## CIENCIA

Pasan diecinueve siglos de nuestra Era, apesar de las múltiples persecuciones sufridas, en las que el cristianismo domina el Occidente. Hay momentos en que el clericalismo tiene un absoluto predominio sobre la vida occidental, e influye decisivamente ante los reyes y gobernantes, a los que atribuye gracia divina, o los derriba. La religión de Cristo es humana y borra las diferencias y el odio entre los hombres, aunque sus ministros, en ocasiones, no sepan ponerse a la altura del Divino Maestro.

Paulatinamente la humanidad ha ido avanzando, ha progresado. Ha crecido. Las innumerables experiencias obtenidas en su largo camino se han reglamentado con leyes fijas. Los procedimientos fundamentales de la vida humana se han afirmado y el hombre tiene abierto el camino para iniciar las investigaciones científicas... Los filósofos griegos habían puesto en marcha el mecanismo del razonamiento. Roma había echado los cimientos a la legislación y al derecho. La especulación intelectual conquistaba constantemente horizontes más amplios y el pensamiento humano ganaba en claridad y precisión. El enciclopedismo francés se cree ya al cabo de la calle, como suele decirse vulgarmente. En seguida, los nuevos inventos — la imprenta, la máquina de vapor, la telegrafía, el teléfono, el fonógrafo, etcétera —, ensoberbecen a la humanidad de tal manera, que el siglo diecinueve termina con la pretensión de haber llegado al sumo de la perfección en todo, de que nada posterior podrá superar al progreso por el mundo conquistado hasta ese momento.

Ha comenzado la especialización en las distintas artes y ciencias. Pero la especialización no es cultura, sino simplemente ciencia. «Todo el mundo sabe que, no cesando la inspiración científica, si se triplicasen o decuplicasen los laboratorios — dice Ortega y Gasset en «La Rebelión de las Masas» —, se multiplicarían automáticamente, riqueza, comodidades, salud, bienestar. ¿Puede imaginarse propaganda más formidable y contundente en favor de un principio vital? ¿Cómo, no obstante, no hay sombra de que las masas se pidan a sí mismas un sacrificio de dinero y de atención para dotar mejor a la ciencia? Lejos de esto, la postguerra (se refiere a la anterior) ha convertido al hombre de ciencia en nuevo paria social»... Y más adelante añade: «Pero las ciencias experi-



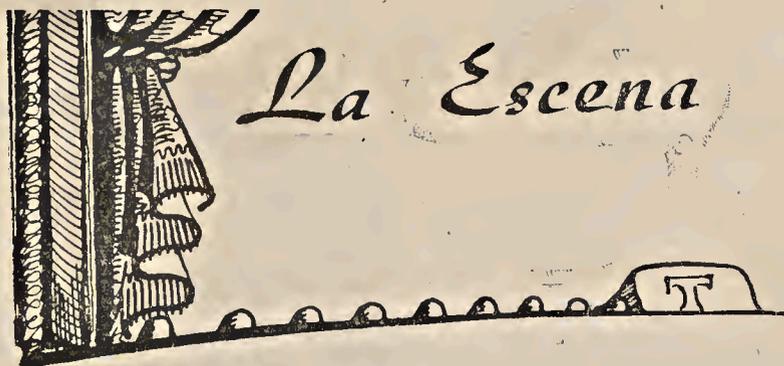
mentales si necesitan de la masa, como ésta necesita de ellas, so pena de sucumbir, ya que en un planeta sin fisicoquímica no puede sustentarse el número de hombres hoy existentes»... Y vale la pena seguir al pensador español, en este párrafo: «¿Qué razonamientos puede conseguir lo que no consigue el automóvil, donde van y vienen esos hombres, y la inyección de pantopón, que fulmina, milagrosa, sus dolores? La desproporción entre el beneficio constante y patente que la ciencia les procura y el interés que por ella muestran es tal, que no hay modo de sobornarse a sí mismo con ilusorias esperanzas y esperar más que barbarie de quien así se comporta. Máxime si, según veremos, este despegue hacia la ciencia como tal, aparece, quizá, con mayor claridad que en ninguna otra parte, en la masa de los técnicos mismos — de médicos, ingenieros, etc., los cuales suelen ejercer su profesión con un estado de espíritu idéntico en lo esencial al de quien se contenta con usar del automóvil o comprar el tubo de aspirina —, sin la menor solidaridad íntima con el destino de la ciencia, de la civilización... » Aunque parece paradójico, pues, la avalancha de la ciencia — la tecnoocracia actual — según el pensamiento del filósofo hispano, puede constituir un auténtico peligro de estancamiento para la cultura general de la humanidad.

Y es que los especialistas, los hombres de ciencia, no se limitan tampoco al impulso, al avance de su especialidad, sino que se juzgan estar en el secreto de todo lo que sucede en el mundo, sea de la índole que fuere. El ingeniero, el médico, el químico, el abogado — no el filósofo, cuya cultura debe ser superior, porque tiene que abarcar más amplios horizontes y tiene un fondo esencial de inutilitarismo —, opinan casi unánimemente que ellos son los predestinados a dirigir los destinos de la humanidad.

● Terminará en el próximo nº. ●

## «EN MEDIO DE LOS ESCOMBROS»

Novela original de Conrado Lizcano. Acaba de salir.  
Precio: 3,80 NF en esta Administración.



## Desaparición de la escena barcelonesa

**A**USTA considerar lo que será de Barcelona teatral de continuar el actual ritmo de cierre terminante de teatros. A la anunciada zozobra del Comedia hay que añadir la del clásico Romea.

Un señor cargado de millones vino de Madrid para comprar el Comedia y dejarlo convertido en sala de cine. Avido de negocios («El negocio, antitesis del arte») ese «trustiman» volvió a la ciudad condal para cometer otra acción vandálica parecida: la absorción del Romea, la inveterada escena para el teatro de lengua vernácula. También el nombre del gran Romea servirá, como le está ocurriendo al excelso Borrás, de espejuelo para reclamar del público callejero presencia interior para fastidiarse, las más de las veces, viendo las monerías de «vedettes» de verdad publicitaria.

El propietario del Teatro Romea ha vendido el edificio en 16 millones de pesetas. En 1943 lo había adquirido en 5. En total, 11 millones de beneficio, o 10, considerando el millón pesetero concedido al empresario del coliseo en concepto de daños y perjuicios.

Y el Teatro Catalán a la calle. No será porque el público amante de la cultura (castellano y catalán en este caso) no proteste contra tamaña aberración dimanante del concepto de «propiedad privada». Las críticas son acervas, pero la ley no se conmueve. Es piedra picada, materia insensible. Siendo la propiedad sagrada, dos mercachifles cualesquiera cierran trato (y por él un teatro) y a la cultura popular que la parta un rayo.

Por esto el Comedia y el Romea están en capilla. Cuantos concurren a sus últimas funciones resienten la nostalgia de antemano, no consiguiendo sacudir la idea de que tanto ellos como el personal de candelillas están velando un cadáver.

Sin embargo, de tratarse sólo de la pérdida de dos teatros no cundiría la alarma, pues otros tantos en 20 años han sido inaugurados, el Calderón entre ellos. Mas el susto es mayúsculo cuando, previa recapitulación, nos hallamos ante la suma pavorosa de quince teatros debidos a todos los géneros, que han sido arrastrados por la corriente demolidora, o bien han naufragado en ese piélago de la frivolidad, de la vulgaridad, que viene a ser el mundo del cine. El Circo Barcelonés, el Teatro Circo Olympia y el Teatro Eldorado, magníficamente situados en Sta. Madrona, Ronda de S. Pablo y Plaza de Cataluña, respectivamente, fueron implacablemente derribados, el primero por motivos urbanos, y los demás por causas desconocidas puesto que sus respectivos solares se mostraron en mu-

nión, en desgarradura urbana, durante años, para vergüenza de la gran población que es Barcelona. El Circo Barcelonés fué antaño el mejor coliseo de la ciudad, siendo considerado un 2.000 plazas, y, en su vetustez, la «catedral» de las variedades y válvula de escape de las emociones populares a causa de los mítines. El Olympia era de construcción moderna y en él se desarrollaron con propiedad el circo, la zarzuela e incluso la ópera; en manifestaciones públicas no digamos. En cuanto al Eldorado el drama, la comedia y el género lírico habían tenido en él soporte de primer plano, y cuando Lamote de Grignon se enojó por los ruidos de la gran Plaza, el Eldorado abrió sus puertas. Los conciertos domingueros de la Banda Municipal en Eldorado, permanecen en recuerdo y estima en el ánimo de muchas personas.

Cerca de la propia Plaza de Cataluña, en el inicio de la calle de Caspe, se erguían casi frente a frente dos magníficos teatros: el Tivoli y el Novedades, «lírico» el primero, «dramático» el segundo. Tivoli y Novedades formaron época en su tiempo, habiendo honrado grandemente a la zarzuela y al verso mediante compañías las mejores de España. En el Novedades parecía haber sentado sus reales el gran actor Paco Morano. Hoy el Tivoli, después de unas ingratas reparaciones, está perdido en la anonimidad del cine, mientras que al Novedades, derribado y reconstruido, se le aparta de su misión escénica.

En Gracia existía el Teatro Bosque, de gran fama por sus representaciones de ópera a precios populares. La opereta europea, la zarzuela y el género chico españoles y algunas veces la danza clásica habían manifestado en el Bosque en temporadas muy conseguidas. Años hace, esta animada escena periclitó, absorbida a su vez por el cine.

En los teatros Principal y Poliorama, de las Ramblas, se produjo durante años el Tetra Catalán; que, la verdad sea dicha, nunca desarraigó del Romea. En el viejo Principal halló también hogar la revista de arte, y decimos «de arte» para diferenciarla de la ñoñez revistera de nuestros días. El Poliorama siempre dió la nota de seriedad a que parecía obligarlo la casa de letras que le daba cobijo. Actualmente Principal y Poliorama sirven de pasto a los trustimanes del cinematógrafo.

El Teatro Borrás fué como un



## «Mi combate» («Mein Kampf»)

**R**ECOPIACION de datos cinematográficos referentes a la vida y a la acción del megalómano más dañino que la humanidad ha soportado: Adolfo Hitler, el Führer. Trabajo meritosísimo, de gran paciencia y orden selectivo cumplido por el realizador sueco Erwin Leiser.

Se necesita una paciencia de chino extremadamente paciente y tiempo y dinero suficientes para recorrer archivos (algunos de ellos difícilmente accesibles) y escenarios de la verdad monstruosa que se pretende presentar a la consideración y a la meditación del gran público de todos los países, para emprender un trabajo como éste que Leiser ha conseguido presentarnos como resultado de su investigación histórico-cinematográfica, cuyo mérito por segunda vez señalamos. Sin duda alguna, este realizador sueco ha conseguido el documental definitivo, concluyente, condimentado al «bello Adolfo» en su propia salsa. Pero la triple labor de escogida, análisis y engarce no por ello se muestra menos interesante.

El proceso político hitleriano en «Mi Combate» se inicia en 1918. Hitler es nadie en aquellos días, pero el espíritu de venganza va

intento de reacción del verso contra el reflejo. En efecto, este coliseo se emplazó sobre el solar de una sala cinematográfica. Pero el negocio no daba para millones y el celuloide reconquistó sus derechos.

El Paralelo era muy conocido por la animación teatral que lo distinguía. Ahora el Victoria y el Apolo se van quedando solos. El Arnau hace tiempo que abdicó de las variedades en favor del cine, y el Español, gran campo de acción de la compañía Santpere (vodvil catalán) sucumbió igualmente a la penetración del reflejo de Lumière. El Nuevo, de tanta fuerza lírica, claudicó ante el dólar adoptando la modalidad cinematográfica conocida por «cinerama». Acordémonos además del cinematizado Teatro Condal.

Alarmados, los amantes del teatro se preguntan a qué obedece que su arte favorito desaparezca. Muy sencillo: la avaricia de propietarios y empresarios; la impopularidad de los precios de taquilla, más la reventa de localidades; la modestia de las presentaciones; el fin de función a la una y media de la madrugada; las argumentaciones desabridas, lo inapropiado del sistema de traslados y...

Vaya, que cualquiera arregla todo eso en este bendito emporio del Caudillo. — C.

para serlo todo. El prusianismo no se aviene a ser humillado y acepta de mal talante a la República, que, con socialistas en cresta, se dispone a salvar al capitalismo contra... el socialismo. Kurt Eisner, Rosa Luxemburg, F. Liebnicht, Landauer, Stressemann, entre centenares de personas progresistas, más el «tapujo» Dollgus, de Austria, fueron violentamente eliminados por la fuerza latente y pronto arrolladora de la reacción hulanista, desdichadamente encabezada por Von Kapp fructuosamente sucedido por el demagogo Hitler, filósofo racial de cervecería que no quedó reducido a mero producto de la Pilsen por mor a la comparsa política que le prestaron socialdemócratas y comunistas, verdaderos rellanos — con sus masas humanas baldías — en la escalera que del conspiratorio de Munich subía directamente al pináculo del Reichstag.

Siguiendo «Mi Combate», la recordación nos absorbe en un recorrer de la cinta histórica que cada cual con años lleva consigo. Ciertamente, las corrientes políticas alemanas entonces eran densas, compactas, pero desprovistas de ideal humano. Con sus aglomeraciones de hombres, con sus espesuras de «almas» los partidos socialista y comunista oían a cuadra, a fieno borreguil. Cantando y llevando el paso de la oca millones de sus pegajosas unidades, o células viscosas, se encaminaban tanto da sí a la concentración, a las urnas, o la huelga festiva. Siendo el drama, que en tal predisposición místico-nacionalista esas manifestaciones podían equivocarse de calle, y se equivocaron, desembocando, a la postre y sin gran sorpresa, en el grandioso estadio de las más altisonantes declamaciones hitlerianas, en el cual la película que nos induce a este comentario con frecuencia intencionada nos introduce...

Cuando se nos habla con demasiada soberbia de los desbordantes triunfos del marxismo, no podemos menos que pensar en el grandioso servicio que los marxistas alemanes le rindieron al capitalismo racista. — F.

# MESA REVUELTA



En la ciudad de Tarrasa el profesor veterinario Emiliano A. Tijeras disertó ante un público de campesinos y granjeros sobre el estrago que causo la actual epidemia porcina en las pocilgas catalanas. Al terminar el acto cada concurrente salió con la impresión de que el profesor Tijeras les había recortado el traje.



Un servidor formó parte de un convoy de prisioneros. Apeados en la estación terminal, el cabo de conducción fué duramente recriminado por el jefe ferroviario por no llevar nuestros billetes de viaje en regla. Vociferando se aplicó un instante a nosotros, visto lo cual mi compañero de cadena le aconsejó sinceramente:

— ¡Qué quiere, señor jefe! Háganos detener...



Se cuenta que Jacinto Benavente saludó en el café a su rival «El Caballero Audaz», siendo contestado por éste: «¡No saludo a maricas!», a lo que replicó Benavente: «¡Pues yo sí!»



El empresario, tratando de convencer a un autor novel:

— Su obra no es mala, pero si complicada, y yo acostumbro a presentar obras que cualquier imbecil pueda comprender.

El autorcito: — Pues dígame qué pasajes de mi comedia no ha comprendido.



El Padre Santo aseguró a unos hebreos que hace poco le visitaron que «Todos somos hijos de un mismo padre».

A la salida los hebreos se dijeron que S. S. es un hombre anticuado, pues en esta época de desvergüenzas y materialismos se puede dar un giro deprimente a la aseveración del jefe de la Iglesia católica, apostólica y romana.

# LIBROS \* LIBROS \* LIBROS

SOCIOLOGIA  
HISTORIA  
LITERATURA  
CIENCIAS



PEDAGOGIA  
NARRACIONES  
BIOGRAFIAS  
POESIA

Adquirirlos en «SOLL», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X<sup>o</sup>), es ayudar al Suplemento.

## Biblioteca de «SOLL»

« Afrodita », Pierre Louis	3 75	« Antología poética », Unamuno	2 50
« Antología poética », J. Carlos Dávalos	3 50	« L'atelier », Armand Cu- villier	5 50
« Alambradas », Contreras Pazo	3 —	Volúmenes a 4 NF :	
« Albores », Albano Ros- sel	2 —	Enilio Zola : « Roma », 2 vo- lúmenes; « Lourdes », 2 volúme- nes; « Naná », « Miserias huma- nas », « El dinero ».	
« Album d'art espagnol en exil »,	0 50	Máximo Gorki : « La madre ».	
« Algebra elemental », Cortazar	3 —	León Tolstoi : « Resurrección ».	
« La Alhambra », Torres Alba	12 25	Victor Hugo : « Los trabajadores del mar ».	
« Amistades de Mirón », Eugen Relgis	4 —	Eça de Queiroz : « El crimen del Padre Amaro »; « La reli- quia ».	
« Amant et tiran », Han Ryner	3 90	Maquiavelo : « El principe ».	
« L'Anglais », Carapartier	4 90	Victor Hugo : « El noventa y tres ».	
« Anne Karenine », León Tolstoi (2 vol.),	11 —	Voltaire : « El ingenuo ».	
« Anatomía de la paz », E. Reyes	4 50	Oscar Wilde: « El retrato de Dorian Gray ».	
« L'anneau d'amatiste », Anatole France	5 —	J Switt : « Viajes de Gulliver ».	
« A. B. C. » (libro de lectura ilustrado), Garnier	5 —	Fernández y González : « El cocinero de su majestad », 2 volúmenes.	
« Los de abajo », Mariano Azuela », (2 vol.)	7 —	A. France : « El figón de la reina Pantoja ».	
« L'affaire Clémenceau », A. Dumas hijo (encuadernado)	7 50	Lesage : « Gil Blas de Santillana », 2 volúmenes.	
« L'argent », E. Zola	5 75	Oscar Wilde : « La importancia de llamarse Ernesto ».	
« Arquitectura del verso », Pérez Cunis	5 —	Pereda : « El sabor de la tierra ».	
« L'Aiglon », Edmond Rostand	4 50	Baltasar Gracián : « El crítico ».	
« Aritmética elemental », Bruño	1 50	Juan Manuel: «El conde Lucanor».	
« El arte de bien vivir », Schopenhauer	5 —	Conde Volney : « Las ruinas de Palmira ».	
« Arte, poesía y anarquismo », Herbert Read	1 50	Miguel de Cervantes : « Los trabajos de Persiles y Sigismunda ».	
« Antonio Machado », (su mundo, su obra), Serrano Poncela	7 50	A. Dumas : « Las lobas de Machecoul »; « Los cuarenta y cinco ».	
« El amor y el dinero », Figola	1 60	Lope de Vega. — Poesías líricas. Prólogo y notas de José F. Montesinos.	
« L'aurore de la civilisation », Lepeuce	5 60		
« L'abondance », Confreces-Divres	2 50		
« L'Anarchie, ses moyens », Jean Grave	8 —		
« A travers la jungle politique », Victor Méric	4 —		
« L'assurance contre le chômage », L. Varlez	4 50		
« L'amour pluriel », Han Ryner	3 —		
« L'anarchie et le collectivisme », A. Naquet	6 40		

NOTA. — Para los efectos consiguientes de nuevos pedidos, señálemos que la Colección «Que sais-je?» a partir del 1 de agosto el precio del ejemplar es de 2,20

# NOTICIARIO

Al maestro Ricardo Lamotte de Grignon le ha sido estrenada en el Teatro Liceo la ópera «La cabeza del dragón», libro de Ramón del Valle Inclán.

En 1590 se ve que Miguel de Cervantes Saavedra solicitó del Consejo de Indias el cargo de corregidor de La Paz, Bolivia. La petición, entonces desestimada, la ha aprobado ahora, 370 años después, el presidente de la República boliviana.

La comedia es infinita.

En Sala Gaspar hubo «Exposición de informalistas», esto es, comentaristas de la obra de Velázquez y en honor al mismo, a cargo de 41 pincelistas acreditados. El tamaño de las producciones fué el de 12 por 18 centímetros, denominado de «cero figura».

Falleció en Iguazú a la pronta edad de 31 años, el escritor José Vidal Cadellans, Premio Nadal de novela para el año 1958. De Vidal Cadellans ha dicho T. Salvador: «Había estudiado en un seminario. Como sucede en casi todos los casos, empleaba generalmente la cultura adquirida allí en forma casi opuesta».

Unos cuantos amigos del que fué recio prosista en lengua castellana, compañero Felipe Alaiz, proceden a la recogida y selección de trabajos alazianos dispersos para presentarlos reunidos en un volumen. Se aceptan participaciones materiales de 500 francos para asegurar la obra, al término de la cual a los donantes les será servido el libro gratuitamente. Relacionar con el director de este Suplemento.

Temporada de invierno en la Opera (Liceo) de Barcelona. El programa anuncia «El barbero de Sevilla» (Rossini), «La cabeza del dragón» (R. Lamotte de Grignon), «La Favorita» (Donizetti); «Rigoletto», «Falstaff», «Aida», (Verdi); «Los puritanos» (Bellini), «Carmen» (Bizet), «Tanhäuser», «Sigfrido», «Parsifal» (Wagner); «Il vortice» (Renzo Rosellini), «La flauta mágica» (Mozart) y «El murciélago» (Juan Straus).

El escritor, según definición reciente de Camilo Cela: «Es el hombre que ve el mundo con la pluma en la mano y, con esa pluma en la mano, quiere dejar constancia de lo que ve».

En 1<sup>o</sup> de noviembre aún ha sido representado el «Don Juan Tenorio» de Zorrilla: en el Cómico de Barcelona. En el Paralelo tenía que ser.

Nuestro malogrado amigo Antonio Puig, fallecido hace meses en el domicilio de Federica Montseny en Toulouse, dejó como legado artístico unas 180 sardanas de su composición.

# GOYA y el dolor de vivir

**U**n árbol roto; de su tronco pende un hombre muerto. En un gancho lateral otro cadáver, sus brazos y cabeza tronchados; ésta última luce como una horrible antorcha ensartada en un gancho. Un trozo del brazo pende o surge del fondo del cuadro. Por el otro extremo un tercer cadáver yace con los pies clavados al árbol. Despedazados. Es una visión desoladora de una imaginación tremenda. Se titula «Grande hazaña con muertos», y es de Goya.

Desarrollase actualmente en París hasta el mes de enero de 1961, una exposición de aguafuertes de Goya en la Galería Gaveau. Está dividida en cuatro partes: Los caprichos, Los desastres de la guerra, La tauromaquia y Los sueños.

Napoleón abrió en la historia nuevos e inmensos horizontes con la práctica de las guerras totales. Goya captó esta vivencia dolorosa en una creación artística alucinante y patética, y acusa con violencia, rabia e imaginación la ampliación y el triunfo de la crueldad. Gran parte de los dibujos de Goya describen con veracidad los que serían los futuros furores concentracionarios técnicamente mortíferos y altamente eficaces para estrangular la vida y el sosiego del hombre.

Puede decirse ocasionalmente que los cuadros y dibujos de Goya son violentos, repulsivos, de visiones torturantes y feas; pero el arte no es lo bonito, es la verdad o búsqueda de ella, motivo por el cual el desdichado sordo Francisco de Goya no tiene pizca de culpa de que la gente sea tan bestia para destriparse y dañarse

mútuamente en lo extenso de fatigosos siglos.

La misma acusación puede imputárseles a Brueghel, Grunewald, y en este orden también a los expresionistas modernos que pulularon inquietos por Munich, Berlín, París, New York y que, con honestidad, bucearon en los dolores y esperanzas de sus familiares y amigos. ¿Y qué percibieron? Visiones de muerte, dolor cansino de vivir. Los expresionistas usaban un vocabulario pictórico del que ya se encuentran trazas en Goya, por lo que a veces se le considera el padre del expresionismo; pero en verdad esto es estrictamente antiguo, ya que se aduce que se le conocía en el antiguo Egipto y los hombres de las cavernas lo tenían en mucha estima. Por lo que podemos decir con Hendrich Van Loon: «El arte es universal en el tiempo y en el espacio».

En su época Goya explotaba sus cóleras por las brutalidades y mezquindades de sus contemporáneos (Los desastres de la guerra). Como un sincero periodista que su pluma y lápiz los convierte en fiel máquina fotográfica, los dibu-

jos de Goya tienen tanta actualidad como los bajorelieves asirios, que relatan cómo estos nobles creyentes troncharon las manos de los prisioneros cogidos en los campos de batalla...

Mas, caso a esta agudeza de ver detrás de las formas la esencia de las manifestaciones de los hombres, le tenía a Goya sin cuidados si a alguien se le ocurría usarla como emblema de combate. Por su parte testimoniaba para los siglos la absurdidad de la guerra y del pensar miedoso: de las visiones dantescas con que se sobrecarga el alma simple y atemorizada de los pueblos (ver su cuadro *Aquelarre*, Museo del Prado y su serie de dibujos *Los sueños y los caprichos*).

En sus dibujos vemos a menudo el cielo cernirse sobre un límite de horizonte cerrado o de luces apocalípticas. La realidad limitada por el dolor y la muerte.

Goya, trabajando sus cuadros y dibujos, pasó a menudo tanta hambre como cuando de joven se dejó maltratar por los toros para allegarse algún dinero; pero estas aventuras taurinas le permitieron un precioso conocimiento artístico que empleó muy bien en su serie de aguafuertes de *Tauromaquia*, en la que capta y fija la elegancia de la acción, destacando en la proporción de la forma el coraje, la agilidad del toreador frente a la bestia. Obsérvese en esos dibujos que los toros, en la lucha a muerte con el hombre, son más pequeños que lo normal.

Las relaciones del autor de



Goya, autorretrato

«La Maja» con la Corte de España, cuando fué nombrado pintor de la misma, le permitieron ganar algunas pesetas — de las que frecuentemente anduvo corto — más el favor de varias damas. Pintó a los miembros de la familia real, presentando en el lienzo una acusación de sus taras físicas y morales, mostrando en sus rostros una expresión de cinismo brutal y cuyos cuerpos se destacan como moles duras, pesadas, inertes, sufriendo la sífilis y la degeneración. Contrariamente, a los niños de la calle los pintó como modelos de gracia y bondad.

Mirar los dibujos de Goya es ver un mundo de duelo, negro, violento, en formas de morir espantosas, patéticas. Descomponiendo el artista los objetos, traza visiones grotescas; crueles, dolorosas. Altera lo real para ir más allá de las formas, a descubrir y describir el pensar horrible que ultraja la vida.

La mayoría de sus personajes en *Los sueños*, *Los caprichos* y *Desastres de la guerra* tienen la boca abierta como un tajo oscuro, como gente enferma de los pulmones, o que practican una mala respiración, a semejanza de *La parábola de los ciegos*, de Brueghel.

Detrás de los franceses, más tarde, vendrán de nuevo los moros a España, acompañando a alemanes e italianos, a reeditar con los generales facciosos, en la carne del pueblo, *Los desastres de la guerra*. Nuevos artistas por la ruta angustiosa de Brueghel, Grunewald y Goya, vendrán a vibrar, a sentir, a vivir tristes el drama de los pueblos ensangrentados y de cementerios abiertos, florecidos, y nuevas exposiciones hablarán al público de los profetas del silencio y algunos visitantes solitarios modularán en sí, la comprensión del arte.

VICTOR FUENTEALBA

## El caso Georges Ulmer

**L**A Prensa y la Radiotelevisión francesas se ocuparon hace una semana de la aventura que le ocurrió al excelente artista Georges Ulmer al desembarcar en el aeropuerto Muntadas, de Barcelona. Ulmer fué a la capital de Cataluña para trabajar en el cabaret « Bolero », del Paralelo, el emporio de la farándula en donde Ulmer es conocido y estimado tanto por su mérito de compositor, cantor y mimico como por lo afable de su carácter. Ido a España cerca de treinta veces desde que terminó la guerra, esta vez a Ulmer le cupo la sorpresa de verse rechazado junto con su simpática compañera y el pianista que le acompaña en sus números. Ulmer trató de hacer entrar en razón al inspector del aeropuerto. Tarea inútil.

— Usted debe regresar a Francia.

— Seguramente, pero una vez cumplidos mis contratos.

— No, señor, en el avión de París que sale dentro de una hora.

Ulmer tenía que actuar en Radio España una vez liquidado el compromiso de Barcelona. Ulmer disponía de entrada legal en Es-



paña. Pero a un policía ensobrecido le pareció que, cometiendo un abuso contra méritos para un ascenso. De haber desembarcado en Barajas tal vez a Ulmer y a sus acompañantes el viaje les hubiese resultado sin complicaciones. Pero la ley no existe cuando a un señor inspector se le antoja poner su plomo personal sobre la balanza de la injusticia. Por consiguiente, Ulmer y sus acompañantes tuvieron que regresar a París por los aires sin ni siquiera haber podido saludar a Colón, que recibe a todo visitante desde su columna de la Puerta de la Paz.

Hemos visto a George y podemos decir que no se hace mala sangre. Únicamente lamenta que se le impida trabajar en un país que tiene en estima — y en el cual se le estima — y que a las ave de paso conductoras de arte por estupideces políticas se les prive de libertad de estancia y de trabajo.

¡Civilización, cuánto tienes que aprender de la selva! — F.